

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

I

AUTOBIOGRAFIA DEL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ

TOMO I

SEGUNDA EDICION



FUENTES PARA LA HISTORIA REPUBLICANA DE VENEZUELA

CARACAS / 1987



J. A. PAEZ, EN SU TRAJE DE LLANERO.

984.040924
P127a
1987
v. 1
e. 3

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

AUTOBIOGRAFIA DEL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ

Tomo I

SEGUNDA EDICION



FUENTES PARA LA HISTORIA REPUBLICANA DE VENEZUELA
CARACAS / 1987

INTRODUCCION

Va siendo costumbre y es deber de todo hombre que ha figurado en la escena política de su patria, el escribir la relación de los sucesos que ha presenciado y de los hechos en que ha tenido parte, a fin de que la juiciosa posteridad pueda con copia de datos y abundancia de documentos desentrañar la verdad histórica que oscurecen las relaciones apasionadas y poco concordes entre sí de los escritores contemporáneos. He aquí por qué después de los afanes de una vida agitadísima, acometo hoy la empresa de abrir el archivo de mis recuerdos, de registrar los documentos que he logrado salvar de los estragos del tiempo y de las tempestades revolucionarias, y de ocuparme en fin en la penosa tarea de redactar lo que me dicta la memoria y me recuerdan dichos documentos.

La revolución hispano-americana, último episodio de la gran epopeya que comenzó en la América del Norte y tuvo su período más interesante en Francia, no ha sido todavía apreciada en todo su valer, ya como espléndido triunfo de las ideas de la civilización moderna, ya como amaestramiento para los pueblos que de súbito cambian el sayo del esclavo por la túnica del hombre libre. Las opiniones de los historiadores que han escrito sobre los sucesos de tan importante época no están de acuerdo en muchos puntos capitales, quizá porque no tuvieron a la vista documentos inéditos, que también a veces no se producen al público, ya por intereses que en ello tiene el escritor apasionado o ya por consideraciones con que tropieza todo el que se ocupa de hechos contemporáneos.

El patriotismo de algunos hombres ilustrados reunió en veinte y dos volúmenes los documentos oficiales de Colombia que existían en los archivos públicos y privados, y allí se hallan los datos más fehacientes de los sucesos de aquel tiempo.

Don Feliciano Montenegro, venezolano de bastante instrucción, dio también a su patria un libro dedicado a la juventud, libro que en pocas páginas recorre todos los principales sucesos de la historia de la independencia, y de gran precio, pues el autor presencié los hechos que refiere, y como estuvo en las filas de los realistas con alta graduación militar, da valiosas informaciones que hoy sólo pudieran hallarse en los impenetrables archivos españoles.

Después de él, el Sr. Restrepo, secretario de Relaciones Extranjeras de Colombia, publicó su obra, de la que hizo más adelante una nueva edición arreglada y aumentada.

El Sr. Baralt vistió con las brillantes galas de un estilo castizo y puro las relaciones de los que le precedieron en la empresa.

En la parte en que se refieren a los sucesos de mi vida, he advertido en los dos últimos graves errores, sobre todo en Restrepo, quien dejándose arrastrar en más de un capítulo por el espíritu de provincialismo, se muestra sobradamente injusto y demasiado parcial en sus juicios y apreciaciones.

Si el deseo de dar a mi patria un documento más para su historia no fuera suficiente estímulo para hacerme emprender el trabajo que me he tomado de escribir mis Memorias, moveríame a ello la necesidad en que me han puesto mis adversarios políticos de contestar a algunos cargos que me hacen, con agravio de la verdad y desdoro tal vez de las glorias de la patria. Gracias sean dadas a la Providencia que me ha prolongado la vida suficientemente para haber oído lo que todos han hablado y poder hablar cuando todavía algunos no han callado. Es pues mi ánimo e intención decir todo lo que sé y tengo por cierto y averiguado; corregir algunos errores históricos en que han incurrido los escritores, y sin dejar de confesar las faltas que haya cometido por error de entendimiento y no de corazón, defenderme de los ataques que contra mí ha fulminado la mala fe o el espíritu de partido, que pocas veces hace justicia al adversario.

Cual sea la causa que me haya atraído esa animadversión de algunos escritores, lo comprenderá fácilmente quien conozca los odios que dividen nuestra sociedad política; y como los principios que en ella se disputan el predominio no son de todos conocidos, parece oportuno dar aquí una idea de ellos para instrucción de quien lo ignore.

Al declarar nuestra emancipación política del gobierno español, se presentó a las colonias el grandioso ejemplo de pueblos que con el

nombre de Estados Unidos se habían confederado en obsequio de la común seguridad sin perder cada sección su soberanía y fueros particulares. El espectáculo de la prosperidad que gozaban estos países hizo creer a algunos hombres que eran aplicables a los nuestros los mismos principios que veían desenvolverse allí con el mejor éxito. Creyeron que los españoles con el sistema de reunir las diferentes colonias fundadas por diversos conquistadores, bajo la soberanía de virreyes o capitanes generales, habían dejado un grave mal en el país, y que todo lo que fuera centralizar el poder, aun bajo la forma más democrática, era reza-gos de la dominación española que debían destruirse como indignos de un pueblo que había alcanzado la libertad a costa de tantos sacrificios. Así, pues, se creyó por algunos que centralización y despotismo eran sinónimos, y que con dicho sistema de gobierno se humillaba la dignidad de los pueblos, y se les ponía de nuevo bajo el régimen monárquico. Semejante doctrinas, tan bellas como seductoras, comenzaron a difundirse por todos los pueblos de la emancipada América, y cada ciudad que había sufrido algo con la guerra, o que podía presentar algún título histórico, aspiró a ser capital de un Estado soberano e independiente, así como cada individuo se creyó también en el deber de combatir las doctrinas opuestas con los mismos medios con que se alcanzó la independencia.

Hombres respetables que conocían el estado de la sociedad, si bien admiraban los generosos impulsos de la generación naciente, se oponían a adoptar en el gobierno de su patria principios que pudieron producir excelentes resultados en la América del Norte, pero que en un país donde había imperado mucho tiempo el despotismo y donde habían quedado todos los vicios de la dominación colonial, era imposible establecerlos si no se daba al pueblo una nueva educación. Oí-gase, pues, lo que escribe el Sr. Restrepo, que fue secretario de Estado de Colombia y primer historiador de la república:

“El autor de esta historia concurrió a formar el acta de federación ”y fue entusiasta por aquel sistema. Seducido por el rápido engrandeci- ”miento de las repúblicas de los Estados Unidos y por la completa ”libertad que gozan sus moradores, tenía la mayor veneración por sus ”instituciones políticas. Entonces juzgaba con los primeros hombres ”de Nueva Granada que nuestras provincias se hallaban en el mismo ”estado que las de Norte América en 1776, cuando formaron su confe- ”deración. Empero las lecciones del tiempo y de los sucesos que ha

"presenciado, junto con sus reflexiones, le persuadieron bien pronto de lo contrario. Había y aún hay una gran diferencia entre los Estados Unidos, que se fundaron y crecieron a la sombra de instituciones republicanas, y provincias que siempre habían dependido de un gobierno monárquico y despótico; en éstas eran absolutamente nuevas las formas democráticas, muchas de las cuales se oponían a costumbres, hábitos y preocupaciones envejecidas. En aquellos Estados, por lo general, sólo hubo que variar la elección de los gobernadores que hacía antes el rey de Inglaterra. Las cartas constitucionales y las leyes de las antiguas provincias de Norte América sirvieron para las mismas después que se transformaron en repúblicas. En la Nueva Granada, por el contrario, fue preciso para establecer el sistema federativo, variar casi todo lo que existía. No es admirable, pues, la poca subsistencia de nuestros Estados nacientes; sus leyes no convenían a los pueblos y contrariaban sus antiguos habitantes". (Historia de Colombia, tomo I, página 147, nota 9).

El mismo Libertador decía en su mensaje al congreso de Angostura:

"Cuando más admiro la excelencia de la constitución federativa de Venezuela, tanto más veo la imposibilidad de aplicarla a nuestra situación, y según mi modo de pensar, es un milagro que su modelo en el Norte de América haya existido con tanta prosperidad y que no haya caído en la confusión a la primera apariencia de peligro o de dificultad.

A pesar de esto, aquel pueblo es un ejemplo de virtud política y de rectitud moral: la libertad ha sido su cuna, ha crecido en la libertad y se mantiene en pura libertad. Añadiré que aquel pueblo es el único en la historia de la raza humana; y repito que es un prodigio, que un sistema tan débil y complicado como el federativo, haya podido existir bajo circunstancias tan difíciles y delicadas como las que han ocurrido. Sin embargo: cualquiera que sea el caso respecto al gobierno, debo decir del pueblo americano que la idea nunca entró en mi espíritu de asimilar la situación y la naturaleza de dos naciones tan distintas como la anglo e hispano-americanas. ¿No sería muy difícil aplicar a España el código político civil y religioso de Inglaterra? Pues aún más difícil sería adoptar en Venezuela las leyes del Norte de América. ¿No dice el espíritu de las leyes que las leyes deben ser conformes al pueblo que las hace, y que es por una gran casualidad, que las de una nación convengan a otra? —que las leyes deben tener relación al estado físico del país, a su clima, a la calidad de su suelo, a su situación, a su extensión y al método de

vida de sus habitantes, refiriéndose al grado de libertad que puede soportar la constitución, a la religión del pueblo, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres y a su moralidad?"

Además de los inconvenientes de adoptar principios exagerados en pueblos que empezaban a comprender las ventajas de la libertad, muchos patriotas sabiendo que España no desistía de sus pretensiones de reconquista, creyeron que sólo podían ser respetados los nuevos países por medio de una fuerza central que en caso de peligro pudiese obrar sin estorbo alguno en el interior contra las agresiones exteriores. Nada de odioso ni despótico podía tener esta centralización del poder, puesto que el jefe del gobierno ejercía la autoridad que en él depositaba el pueblo por un limitado espacio de tiempo. Confieso que semejantes doctrinas no suenan tan bien como las que predicán sus contrarios; pero en tratándose de intereses sagrados y vitales no hay que dejarse halagar por teorías que suenan gratas al oído, sino poner en práctica verdades que produzcan resultados positivos.

A los defensores de estos últimos principios he pertenecido. Por ellos he tenido que sufrir persecuciones, destierro, pérdida de bienes, miseria, y todo esto habría tenido en poco si no hubiese llegado el caso de que mis contrarios me atribuyan, para satisfacer su encono, faltas que no he cometido y errores en que no he incurrido. No negaré que haya cometido algunos; pero ¿quién no ha sido engañado, si ha tenido por algún tiempo que habérselas con multitud de hombres sin que Dios le haya concedido la maravillosa gracia de conocer la verdad bajo la máscara con que se cubre la ambición y el deseo de medrar a costa ajena?

¡Cuántas veces me he ocupado de la suerte futura de América! Cuestiones de importancia se han de agitar todavía, y lo que actualmente está sucediendo era de preverse, atendido el estado de debilidad a que ha conducido la anarquía que ha desolado nuestros países. Ella ha provocado esas injustas agresiones que hoy día enardecen odios que ya el tiempo empezaba a extinguir, y que como era de esperar, no han producido más resultados que convencer a la América española de que sólo la unión y la fuerza material hacen fuertes y respetados a los pueblos que tienen intereses comunes.

No creo que España vuelva a conquistar ni un palmo del terreno que antes poseyó, mientras haya *llanos, pampas y sabanas* que conviden

al hombre al goce de la libertad; pero que la América del Sur llegue a ser lo que parece estar llamada a ser, obra será de muchos años. Las discordias intestinas continuarán mientras estén vigentes las causas de la anarquía, y más tarde o más temprano la cuestión de límites, el derecho de navegación por sus grandes ríos harán surgir nuevas dificultades. ¿Todas estas cuestiones llegarán a hacer que en la América del Sur se establezcan esas nacionalidades, celosas las unas de las otras, como acontece con los diversos Estados que constituyen la Europa?

Yo tengo fe en el porvenir, pero no veo otro medio para que el pueblo pueda entrar sin peligro alguno en las vías de las reformas que exija el progreso de las ideas modernas, *sino la educación propagada liberalmente en todas las clases de la sociedad.*

No dejaré de consignar en este prólogo un deseo que he acariciado por mucho tiempo, pero que parece irrealizable mientras España tenga colonias en América. Yo hubiera deseado ver siempre no sólo la unión fraternal de los países suramericanos, sino de todos estos con su antigua metrópoli, y aun alimentaría tan halagüeñas esperanzas si los hechos que están actualmente verificándose no hubieran venido a destruirlas. Reconocida por España la independencia de sus antiguas colonias, estas y aquellas, depuestos los odios que la guerra había encendido, debieron de existir unidas por los poderosos lazos del común origen. Así nos hubiéramos conocido más los unos y los otros y presentaríamos al mundo el grandioso espectáculo de más de cuarenta millones de hombres que reconociendo el mismo origen, hablando la misma lengua, y teniendo los mismos vicios y virtudes, se unían siempre para estimularse en toda idea civilizadora. La generación actual habría olvidado los agravios de sus padres, y los hermanos de uno y otro hemisferio hubieran mantenido siempre un comercio fraternal, cambiando generosamente sus producciones territoriales y compitiendo noblemente en sus triunfos literarios.

A mí me consta que algunos hombres liberales de uno y otro hemisferio estaban animados de estos mismos deseos, y fuerza es confesar que sólo a los gobiernos que ha tenido la desgraciada España, se debe que hoy no exista esa fraternidad que debiera haber entre pueblos los cuales, si bien ocupan puntos opuestos en la superficie de la Tierra conservan aún las virtudes y vicios de sus padres y habitan países cuya naturaleza física es casi idéntica.

En cambio, la enemistad de España que no nos ha causado ni puede causarnos mal alguno, ha servido para mantener unidos a los americanos en un interés común.

Hay hombres que predicán todavía la doctrina de razas en América, y que quieren levantar una cruzada de los pueblos que llaman latinos contra lo que dicen pretensiones ambiciosas de la raza anglo-sajona. Esta doctrina, que no es más que un plan de agresión europea contra los Estados Unidos, que representan en el mundo el poder de la democracia, sólo podrá hallar adeptos entre quienes desconozcan el estado de la república de Washington y el de los países hispano-americanos. Además, es hecho desmentido por la más leve observación que en toda América existan intereses de raza alguna. En este continente se está verificando continuamente la fusión de todas ellas, que es resultado del progreso moderno y del principio de la fraternidad universal.

Terminaré esta introducción recomendando a mis compatriotas encarecidamente que tengan valor y armas sólo para una guerra extranjera y que trabajen con fe y devoción por el porvenir de nuestra patria, que sólo necesita paz, y más que nada orden, para el desarrollo de todos los variados elementos de prosperidad, a los cuales no se ha atendido por las discusiones y anarquía que han asolado siempre países tan favorecidos por la mano del Hacedor Supremo.

JOSÉ ANTONIO PÁEZ

Nueva York, Abril 19 de 1867.

AUTOBIOGRAFIA

SARGENTOS

Isidoro Mujica,
José María Camacaro,
Luciano Delgado,
Simón Meza,
Encarnación Castillo,
José María Paiba,

Francisco Mirabal,
Francisco Villegas,
Juan José Moreno,
Gaspar Torres,
Francisco González.

CABOS ' SOLDADOS

Encarnación Rangel,
Juan Sánchez,
Basilio Nieves,
José María Quero,
Mauricio Rodríguez,
Ramón Figueredo,
Francisco Mibel,
Antonio León,
Inocente Chinaa,
Francisco Medina,
Antonio Pulido,
Francisco Lozada,
Santos Palacio,
Antonio Manrique,
Nolasco Medina,
Luis Alvarez,
Diego Martínez,
Jacinto Hernández,
Ramón Flórez,
José Antonio Cisneros,
José Tomás Nieves,
Manuel Martínez,
Jacinto Arana,
José Antonio Hurtado,
Francisco Sanoja,
Isidoro Gamarra,
Anselmo Ascanio,
Paulino Flórez,
Eusebio Hernández,
Domingo García,
Fernando Guedes,

Remigio Lozada,
Félix Blanco,
José Arévalo,
Nicolás Hernández,
Manuel García,
Pablo Lovera,
Juan Sánchez,
Simón Gudiño,
Domingo Riera,
Agustín Romero,
Francisco Nieves,
Domingo Navarro,
José Milano,
José Fuentes,
Roso Canelón,
Pedro Burrueta,
Pedro Fernández,
José Bravo,
Roso Urbano,
Ascensión Rodríguez,
Manuel Camacho,
Romualdo Blanco,
Juan Rivero,
Juan González,
Francisco Escalona,
Ramón García,
José Girón,
José Hernández,
Juan Ojeda,
Alejandro Flórez.

CAPITULO XII

Persecución a Morillo.— Encuentro en la "Sacra Familia".— Marcho contra Morales.— La emboscada en Caramacate.— Bolívar se reúne conmigo en Achaguas.— Marcha a Barinas.— Bolívar me ordena marchar a Guasualito para prender a Nonato Pérez.— Mi opinión de marchar a la Nueva Granada en vez de ir sobre Barinas.— El Libertador me escribe a Guasualito.— Se reúne conmigo en este punto.— Marcha a la Nueva Granada y yo quedo obrando en el Apure.— Acción de la cruz.— Heroica defensa de los españoles.— Penalidades sufridas en la marcha a Achaguas.— Apresamiento de once embarcaciones realistas.— Ocupación de las fuerzas de mi mando en el Apure el año 20.— Morillo envía comisionados a los generales patriotas.— Entrevista de Morillo y Bolívar en Santa Ana.— Armisticio.— Mi opinión sobre la suspensión de las hostilidades.— Morillo se embarca para España.— Juicio sobre las campañas de Morillo

1819 — 1820

Ya puesto Morillo en marcha para Achaguas, Bolívar sin pérdida de tiempo repasó el Arauca, y mientras ejecutaba la operación mandó que el coronel Muñoz, con la Guardia, siguiese la pista al enemigo. El día siguiente de haber pasado el río y cuando marchábamos por su ribera izquierda, camino de Occidente, divisamos a alguna distancia de nosotros, e inmediato al hato de Trujillo, un grupo que por la neblina de aquella mañana no podíamos decir si era de gente o de animales en la sabana. Mandó Bolívar hacer alto, y adelantándome yo por orden suya a practicar un reconocimiento, encontré que era un escuadrón que había salido a recoger ganado para racionar el ejército enemigo que se hallaba en el precitado hato. Al acercarnos nosotros, el escuadrón se puso en retirada sobre el punto donde estaba el cuerpo del ejército, al cual descubrí yo entonces y me apresuré a comunicárselo a Bolívar. Resolvió éste replegarse a la orilla del río y repasarle de nuevo para evitar un encuentro, que él creía muy arriesgado, pues es-

tando ausente la Guardia, que según hemos dicho, se había separado del ejército en persecución de Morillo, y el resto de la caballería que, al mando de Rangel y otros jefes, había ido a tomar a Nutrias y obrar por la espalda de Morillo, no teníamos fuerzas suficientes de aquella arma que oponer a las del enemigo.

Al mismo tiempo Morillo levantó su campo y continuó en retirada hacia Achaguas, librándose así de una sorpresa que la Guardia, emboscada la noche anterior en una *mata** inmediata al campo, le preparaba en los momentos en que los realistas estuvieran tomando su rancho.

Muñoz, el jefe de la Guardia, dio parte del movimiento de Morillo diciendo que continuaba en persecución de éste; pero el parte llegó cuando habíamos repasado el río, y así perdimos la favorable oportunidad de haber concluido con el ejército español, que ya desmoralizado por la última derrota en las Queseras del Medio, no hubiera podido resistirnos si nosotros, con la cooperación de la Guardia, le hubiéramos atacado.

Continuamos pues nuestra marcha con rumbo a Occidente por la ribera derecha del Arauca hasta el hato "Caraballero" por donde volvimos a esguazar el río. De allí Bolívar se fue a Rincón Hondo.

Yo con la Guardia seguí marchando sobre Achaguas, y habiendo sabido por mis avanzadas que Morillo había destinado una sección de caballería y alguna infantería a coger ganado, mandé inmediatamente una parte de la Guardia a atacarlo.

Encontróse con los realistas en un lugar llamado "Sacra Familia" y atacados éstos hubieron de abandonar los animales que ya habían recogido y con pérdida de alguna gente regresar a Achaguas, favorecidos por los matorrales de que estaba cubierto aquel lugar.

Incorporada la Guardia seguimos la marcha sobre Achaguas; pero tuve que variarla cuando supe que Morillo abandonando dicha ciudad se dirigía con el cuartel general y parte del ejército hacia la provincia de Barinas y que el resto de las fuerzas al mando de Morales se encaminaba para San Fernando. Resolví entonces dar alcance a Morales; pero por más que redoblé la marcha no pude lograrlo. Como a las siete de la noche de ese día cogimos un isleño canario que se había quedado atrás con unas cargas, el cual me informó de que el ejército realista estaba acampado en aquellas inmediaciones. Como el terreno

* Llámase *mata* una porción de terreno poblada de árboles de una misma especie.

que ocupaba era demasiado tupido de bosque, no quise atacarle allí, dejándole a un lado, resolví emboscarme en el paso del caño de Caramacate para el día siguiente caer de improviso sobre él cuando pasara por el punto.

Después de marchar toda la noche llegamos a dicho lugar y al romper del día comencé a poner en práctica mi plan.

Embosqué mi gente, y poco más adelante del caño hice colocar una compañía de carabineros con orden de hacer fuego, como si quisiera disputar el paso al enemigo, para que en el momento salieran repentinamente los emboscados y trataran de cortarle por su centro.

Con este ardid esperaba yo destrozar una parte del ejército realista, ya que por falta de infantería y ser el terreno muy arbolado no podía destruirlo completamente.

Acercábase el enemigo y hubiera caído seguramente en la celada si cuando se hallaba a una milla de nosotros, uno de esos errores tan fatales en las guerras no hubiera frustrado nuestras acertadas disposiciones. La guardia de prevención que conducía nuestras municiones, se había quedado un poco atrás y fue atacada por un escuadrón de nuestra caballería al mando del capitán N. Sandoval que recorría las inmediaciones de la plaza de San Fernando, y creyó haber tropezado con parte del ejército enemigo: error que también padeció nuestra guardia de prevención. Ambas fuerzas se hicieron fuego a la vista del enemigo, que hizo alto para averiguar lo que pasaba.

Habiendo yo oído el tiroteo y diciéndome que la guardia de prevención había caído prisionera, no me pareció prudente permanecer más tiempo en la emboscada. Cuando salí de ella y teniendo a la vista el enemigo, supe la fatal equivocación de que habían sido víctimas.

El ejército realista continuó impunemente su marcha; pero orillando siempre el bosque hasta hacer su entrada en la plaza que se encontraba a una legua de distancia.

Entretanto yo marché para Achaguas a donde llegó Bolívar después de mandar su infantería al Mantecal. De Achaguas salimos juntos con dirección a Barinas, y estando el ejército reunido en el hato de Cañafístola, inmediato al paso de Setenta, por donde íbamos a cruzar el río Apure, mandó Bolívar hacer alto y me ordenó que fuese a Guas dualito a prender al Coronel Nonato Pérez y haciéndome cargo de las fuerzas que éste allí tenía, trajese al ejército más de quinientos caballos que conservaba en dehesa.

La noche antes de mi salida tuve una conferencia con el coronel Rangel en la que le dije no aprobaba la marcha de Bolívar a Barinas porque en esta ciudad no encontraríamos recursos para el ejército que ya sufría escasez de todo género, y que en lugar de ir a dicha ciudad, donde decía Bolívar que a lo menos cogeríamos tabaco para venderlo en Guayana, proporcionándonos de este modo algunos auxilios pecuniarios, me parecía a mí que mayores ventajas podían alcanzarse si Bolívar dirigía su marcha a la Nueva Granada por Casanare.

Parecióle a Rangel muy acertado el plan y me suplicó no me marchara sin comunicárselo al jefe supremo; pero yo aunque se lo ofrecí, no lo hice, porque me mantenía aún renuente en dar a Bolívar mi opinión sobre planes y operaciones.

Estando ya en marcha para Guasualito, llegó el coronel Jacinto Lara, enviado por el general Santander, para que comunicase al Libertador los favorables resultados de sus operaciones en Casanare y la buena disposición de los granadinos en favor de la causa independiente. Convocóse entonces una junta presidida por Bolívar, y los vocales de ella: Anzoátegui, Pedro León Torres, Soublette, Rangel, Iribarren, Pedro Briceño Méndez, Ambrosio Plaza y Manrique aprobaron unánimemente el plan de trasladar la campaña a la Nueva Granada.

El día siguiente de hallarme yo en Guasualito se me presentó Rangel acompañado del entonces teniente Juan José Flores, después general y Presidente del Ecuador, con una esquila de Bolívar, escrita de su puño y letra, en la que me decía que Rangel le había informado de mi opinión sobre las ventajas de ir a la Nueva Granada en vez de dirigirnos a Barinas, idea que él aprobaba y que por consiguiente le esperase en Guasualito para que yo entonces decidiera cuál de nosotros dos sería el jefe que debía ir a la Nueva Granada: que si yo iba, él se iría al Oriente para formar un ejército contra Caracas, y si él era el escogido, entonces yo me quedaría en el Apure que era necesario conservar a toda costa, aun cuando se perdiesen todos los demás territorios.

Cuando Bolívar se reunió conmigo en Guasualito, le di las gracias por la deferencia que me había mostrado en su carta y le dije que entonces como siempre estaba pronto a aprobar y ejecutar lo que él decidiese. Díjome que le parecía mejor que él fuese a la Nueva Granada, porque era allí más conocido y que yo me quedase en el Apure, territorio que como me había dicho en la carta, era necesario conservar a toda costa.

El 4 de junio estaba ya Bolívar en el pueblo de Arauca y el 11 del mismo mes se reunió con la división de Santander.

Según lo convenido, yo me quedé conservando el Apure con el encargo de llamar la atención del enemigo por el camino de San Camilo a Cúcuta, e internarme, si me era posible, hasta los valles de este nombre. Para esto era preciso destruir unas fuertes guerrillas que al mando del comandante Silva tenían sus guaridas en Guaca, y a este punto dirigí inmediatamente mi atención, porque bien se comprende que era imprudente dejarlas a mi espalda. Logré dispersar dichas guerrillas; pero no pude destruirlas completamente, porque me era imposible perseguirlas en aquellos terrenos cubiertos de bosques que no daban fácil acceso a nuestra caballería.

Estando en Guaca supe que el enemigo tenía un punto fortificado y guarnecido, llamado San Josesito, antes de llegar al pueblo de San Cristóbal, en el tránsito a Cúcuta, punto que era imposible tomar, y mucho menos con caballería. Además, para llegar a él, había que atravesar veinte leguas de monte y barrizales donde no encontraríamos pasto para los caballos: en vista de tan insuperables obstáculos,* resolví regresar a Achaguas para organizar una fuerza de infantería y caballería con la que, internándome hasta Guanare, provincia de Barinas, me proponía impedir que el general Latorre pasara a dar auxilio a los realistas de la Nueva Granada.

Después de organizar mis fuerzas me puse en marcha, pero en el paso del Frío viendo los obstáculos que nos oponía la inundación de las sabanas por las crecientes de los ríos, mandé que la infantería compuesta de criollos e ingleses, regresase a Achaguas, y con sólo la caballería me dirigí a Guanare, dejando a un lado la ciudad de Nutrias, cuya plaza no podía atacar sin fuerzas suficientes de infantería.

Antes de moverme di órdenes al coronel Aramendi para hacer un ataque sobre la capital de Barinas con el regimiento de "La Muerte", para dispersar o distraer las fuerzas que había batido pocos días antes, y que después se reuniese conmigo en Guanare.

* Dice Baralt que yo no quise pasar a Cúcuta, según las instrucciones que me había dado el Libertador, y ya habrá visto el lector los inconvenientes que tuvimos para no hacerlo. Además, recuérdese que nada me había recomendado tanto Bolívar como la conservación del Apure, que hubiera sido abandonado si yo me empeñaba en acometer la temeraria empresa de penetrar en los valles de Cúcuta.

El 17 continué mi marcha por el camino que conduce al pueblo de la Cruz, que según mis guías era el mejor, para reunir las guerrillas que obraban en aquellos contornos. Después de una marcha de tres días consecutivos, sin hallar en ningún paraje provisiones para nuestras tropas y ni aun sitio seco donde descansar, acampamos el 19 por la noche a una legua de dicho lugar, y allí me informaron mis espías de que una columna de trescientos cincuenta infantes y algunos carabineros, al mando del teniente coronel Durán, acababa de tomar posesión del pueblo con el doble objeto de batir las guerrillas, continuar operando en aquellos contornos, quemar el pueblo, destruir las plantaciones, y llevar prisioneros a los habitantes a Nutrias.

Me preparé inmediatamente para atacar dicha columna, y al amanecer del día 22 ya nos hallábamos a la orilla del pueblo sin que el enemigo hubiera tenido noticia de nuestros movimientos. Mientras tomaba disposiciones para organizar el ataque, se escapó un tiro a uno de mis carabineros, y con objeto de quitar a los realistas tiempo para apercebirse a la defensa, di orden a la Guardia que avanzara al trote sobre la plaza. El movimiento no pudo hacerse sin alarmar al enemigo, que ya se había hecho fuerte en la iglesia cuando llegó la Guardia, y pudo fácilmente rechazar los ataques de ésta. Entonces yo con el resto de las fuerzas avancé hasta las esquinas de la plaza, mandé a la Guardia que entrara de nuevo al ataque. Cien cazadores realistas, del regimiento Barinas, cargaban a la bayoneta a mis húsares, y los habían obligado a replegarse a una esquina de la plaza, cuando la Guardia penetró en ella para atacar a los realistas por la espalda; pero por malhadada coincidencia, los cazadores de Barinas vestían un uniforme igual al de mis húsares, con lo que engañada la Guardia, tanto más que el denso humo de la pólvora no permitía distinguir claramente los objetos, suspendió inmediatamente el ataque. Rompieron los realistas un fuego horroroso, y la Guardia se vio obligada a retirarse. En la carga habían sido muertos entre otros el coronel Urquiola y el capitán Prado, y heridos también varios oficiales y soldados.

Viendo el enemigo que la iglesia no les ofrecía lugar muy ventajoso de defensa, la abandonaron y fueron a parapetarse en una casa de tejas, cercada de tapias, que estaba como a una cuadra de distancia de la iglesia. Allí rechazaron nuestros repetidos ataques, pues nosotros volvíamos con tal coraje a la carga que los oficiales cortaban con sus sables los balaustres de las ventanas, y los soldados a trancazos se esforzaban

en derribar el portón de la casa; mas, viéndonos expuestos al mortífero fuego que hacían los realistas desde su ventajosa posición, tuvimos en más de una ocasión que suspender el ataque. En uno de estos fue muerto el capitán Pedro Juan Gamarra al penetrar por un portillo formado entre la cerca y las paredes de la casa. Muertos o heridos la mayor parte de los oficiales, mandaba aquellos valientes un cabo, venezolano, quien exhortaba a sus compañeros a dejarse matar antes que rendirse a los enemigos del rey. Viendo yo que era imposible penetrar allí sin las herramientas necesarias para abrir brecha, di orden de suspender el ataque, asegurando a los míos que aquella misma noche seríamos dueños de la casa. Puse cuatro guerrillas de húsares desmontados en las más inmediatas, con orden de hacer fuego a las ventanas de la que ocupaban los realistas. Gran destrozo hicieron los míos en los defensores, apiñados en aquel estrecho recinto, obstruido por una multitud de cadáveres.

Al caer la noche formé mis fuerzas para el ataque, pues yo había descubierto, ya tarde, un sendero que había escapado a mi observación durante los ataques de la mañana. Atacamos, pues, la casa por dicho punto y la ocupamos con poca resistencia. El comandante, treinta soldados y el heroico cabo se escaparon en el momento de la entrada de los nuestros, guiados por el ingrato capitán americano Yarza, de modo que sólo hallamos dentro de la casa una multitud de cadáveres y heridos. Con razón decían los españoles, en el parte que dieron de este encuentro, que "aquella casa no estaba defendida por tropas del rey, sino por un triste hospital anegado en sangre".

El resultado de este suceso nos fue muy favorable, pues nos hicimos de muchas municiones y de doscientos fusiles almacenados.

Nuestra pérdida consistió en cinco oficiales, cuatro sargentos y veinte soldados muertos; y heridos once oficiales y ochenta y cinco soldados. Entre los primeros, el ya citado coronel Urquiola, el teniente coronel Navarro, el capitán Pedro Juan Gamarra y el teniente Pedro Gómez. Entre los heridos, el coronel Juan Gómez, el teniente coronel Manuel Arraiz, el capitán Ramón Esteves, el teniente Fructuoso Esteves y los subtenientes Romualdo Salas, Encarnación Castillo, Eusebio Ledesma, Julián Peña, León Esteves, Pedro Oliva y Juan Aspré.

Distinguiéronse por su bizarría y valor, el general Torres, el coronel Rangel, el coronel Muñoz y el teniente coronel Laurencio Silva, que

fueron los primeros que asaltaron las ventanas con sus sables; el coronel Carmona, el teniente coronel José María Angulo, el teniente coronel Jacinto Mirabal y el teniente Tomás Castejón.

El hecho que acabamos de referir, prueba que el soldado realista no cedía ante el peligro cuando tenía a su frente jefes como el que nos resistió a nosotros en el pueblo de la Cruz.

Debilitadas las fuerzas de mi mando después de esta reñida contienda, no me era posible seguir marcha a Guanare, y determiné entonces retirarme hacia Achaguas, escoltando mis heridos para impedir que al pasar cerca de Nutrias fuesen hechos prisioneros por las tropas que guarnecían la plaza.

Grandes penalidades tuvimos que sufrir en esta marcha, pues íbamos alimentándonos solamente con frutas silvestres, cruzando siempre esteros anegados de agua y atravesando a nado algunos caños hondos, hasta que llegamos al pueblo de Santa Catalina, donde embarqué los heridos para Achaguas, y atravesando el río Apure por el paso del Frío, volví a establecer mi cuartel general en aquella ciudad. El 3 de septiembre se me incorporó en este punto el comandante Antonio Díaz con una escuadrilla de lanchas cañoneras, y sabiendo yo que el enemigo tenía en el puerto de Nutrias otra de once lanchas armadas y aparejadas para bajar a reunirse con las que estaban en San Fernando, dispuse que Díaz se situara con sus embarcaciones en la boca del Apure Seco, y que allí permaneciese oculto para atacar de improviso la escuadrilla enemiga cuando viniera bajando el río. Ejecutólo así Díaz el día 30 de septiembre frente al pueblo de Apurito, habiendo alcanzado un completo triunfo, pues se apoderó de todas las once embarcaciones enemigas. Por orden mía Díaz bajó con su escuadrilla a situarse en la boca del río de la Portuguesa, para impedir que por sus aguas y las del Apure recibiera socorros la plaza de San Fernando. Estando allí, fue atacado por la escuadrilla enemiga que salió con tal objeto de este último punto; pero Díaz logró arrollarla hasta el extremo de tener el enemigo que echar sus lanchas sobre la ribera izquierda de la Portuguesa, y defender desde tierra las embarcaciones con la infantería que llevaba a bordo.

Díaz regresó a Achaguas con sus heridos, habiendo perdido en este combate a su segundo el comandante M. Muñoz.

A principios de octubre estando yo en mi hato de la Yagua, el general Soubllette en su paso para Angostura, se me presentó para comu-

nicarme que en Guasqualito habían quedado mil quinientos reclutas al mando del coronel Justo Briceño, los cuales había ordenado el Libertador que se pusieran a mis órdenes. Dispuse que bajasen de Achaguas, y con ellos y con los demás que fueron llegando sucesivamente de la Nueva Granada, se formaron, después de disciplinados en Apure, varios batallones que más adelante, cuando abrí la campaña del año 1820, fueron a reforzar el ejército Libertador que debía obrar por el occidente de Caracas.

Casi todo el año 20 se pasó en reunir y disciplinar reclutas, empotrerar caballos, coger y castrar toros, y ponerlos en dehesa para tener reses cuando el ejército abriera la campaña, y en enviar armas para la Nueva Granada. Sin embargo de nuestra inacción en aquella época, el ejército de Apure era una amenaza permanente contra las fuerzas realistas de Venezuela, para impedir su unión con las que existían en Nueva Granada.

El único movimiento en aquella época fue una marcha a Barinas en el mes de enero, encontrándome en el tránsito con Bolívar, que venía de la Nueva Granada con dirección a Guayana. Pasó una noche conmigo y le informé de que el objeto de mi marcha era solamente una diversión, para proteger las guerrillas que tenía obrando por los llanos de Calabozo y San Carlos y en aquella misma provincia, y al mismo tiempo tener mis tropas en movimiento y actividad. Aprobó Bolívar estas disposiciones, y continuando su marcha hacia Guayana, seguí yo hacia Barinas, cuya ciudad ocupé; mas, después de permanecer en ella algunos días, regresé, sin encontrar tropiezo en el tránsito, a Apure, por la vía de Nutrias.

Estando en San Juan de Payara en el mes de agosto, se me presentó el teniente coronel Jalón, que venía comisionado por Morillo a proponerme una suspensión de hostilidades. Yo le contesté que mis operaciones dependían del gobierno, y que yo no estaba autorizado para entrar en ninguna clase de inteligencia con el enemigo.

Morillo envió al Congreso de Guayana dos comisionados, Don Juan Cires y Don José Domingo Duarte, para proponer a aquel cuerpo entrar en negociaciones. El Congreso le contestó, el 11 de julio, "que estaba deseoso de establecer la paz y oíría con gusto todas las proposiciones que se hicieran de parte del gobierno español, siempre que tuviesen por base el reconocimiento de la soberanía e independencia de Colombia".

Enviáronse también comisionados a Bolívar, y estando ausente dio poder para contestar en su nombre a Pedro Briceño Méndez y a Urdaneta. Estos se negaron abiertamente a aceptar las proposiciones que se les hicieron devolver a la obediencia del Rey, a pesar de todas las garantías que se ofrecían a Colombia, y contestaron que se hacía grave injuria a los jefes patriotas en invitarlos con la promesa de conservar los grados que entonces tenían, si ayudaban a llevar a efecto aquel plan de reconciliación con la antigua metrópoli.

Por lo pronto las negociaciones no tuvieron ningún resultado; pero poco tiempo después Bolívar escribió a Morillo desde San Cristóbal en 21 de Setiembre, diciéndole que no obstante los perjuicios que se seguirían a las armas republicanas de suspender las hostilidades, había resuelto entrar en negociaciones para tratar del armisticio que él le había propuesto, siempre que se dieran a Colombia las garantías y seguridades que tenía derecho a exigir. Morillo, en carta fechada en San Carlos a 20 de octubre, contestó invitando a Bolívar a entrar en las negociaciones preliminares para firmar un armisticio.

Después de haber tenido la imaginación del lector ocupada con las escenas terríficas de la guerra, nos complace sobremanera traerle a uno de los más notables episodios de aquellos tiempos, cuando ya la voz de las pasiones iba a ceder su lugar a la razón, poniendo término a los horrores que habían cometido tanto los que defendían los derechos santos de la patria como los sostenedores del despotismo.

El 26 de noviembre 1820, los jefes de las fuerzas beligerantes, deseando poner término a la guerra de exterminio con que horrorizaban al mundo, concluyeron un tratado en Trujillo para regularizar la guerra conforme a la práctica de los países civilizados. Acordóse tratar generosamente a los prisioneros de guerra, canjeándolos por otros de su mismo rango y clase; respetar a los habitantes de los pueblos que ocuparan las fuerzas militares, y en fin todo lo que en la guerra suelen hacer los países civilizados. Entre los artículos merece llamar la atención al 7º, concebido en estos términos: "Originándose esta guerra de la diferencia de opiniones, hallándose ligados con vínculos y relaciones muy estrechas los individuos que han combatido encarnizadamente por las dos causas, y deseando economizar la sangre cuanto sea posible, se establece que los militares o empleados que habiendo antes servido a cualquiera de los dos gobiernos hayan desertado de sus banderas y se aprehendan alistados bajo los del otro, no puedan ser castigados con

pena capital. —Lo mismo se entenderá con respecto a los conspiradores de una y otra causa”.

Concluidos los tratados el 25 y el 26 del mismo mes, invitó el general Morillo al Libertador a una entrevista en el pueblo de Santa Ana. Bolívar, acompañado de su estado mayor, llegó a este lugar, donde fue recibido por el jefe español con altas consideraciones de respeto, pasando bien pronto a tributarse expresiones de amistad y admiración mutua. Después de diez años de horrores y odio a muerte, España y Colombia parecían haber llegado a una reconciliación que nadie hubiera creído posible. El carácter español, noble y generoso siempre, no se desmintió en aquella entrevista entre hombres que habían luchado como fieras en cien campos de batalla. Unos y otros, depuestos los inveterados odios, se tributaban elogios y citaban con admiración los hechos más gloriosos del enemigo mientras partían en amistoso banquete el pan de la fraternidad. El general Morillo propuso que se erigiera en aquel punto un monumento que recordase aquel día memorable, y el Libertador acogió la idea con el entusiasmo con que siempre miraba toda empresa generosa. Colocóse la primera piedra, y ambos caudillos se abrazaron, siguiendo su ejemplo los jefes que les acompañaban.

En el banquete brindó el Libertador “a la heroica firmeza de los combatientes de uno y otro ejército: a su constancia, sufrimiento y valor sin ejemplo; a los hombres dignos que a través de males horroresos sostienen y defienden su libertad. A los heridos de ambos ejércitos que han manifestado su intrepidez, su dignidad y su carácter.—Odio eterno a los que deseen sangre y la derramen injustamente”.

El general Morillo contestó diciendo: “Castigue Dios a los que no estén animados de los mismos sentimientos de paz y amistad que nosotros”. El general español Latorre dijo a Bolívar, lleno de entusiasmo: “Descenderemos juntos a los infiernos en persecución de los tiranos”.

La historia no presenta nada más bello y grandioso, y semejante espectáculo prueba que el corazón humano, por más que le endurezcan las pasiones, siempre conserva un resto de sensibilidad que sólo necesita tal vez un simple hecho para mostrarse en toda su grandeza.

Dice el historiador Baralt que algunos jefes patriotas desaprobaron este armisticio, y como mi silencio ahora pudiera hacer caer sobre mi semejante inculpación, quiero referir algo para que nadie me comprenda en ese número.

Cuando Bolívar pasó por el Apure para ir a celebrar la conferencia con Morillo, le presenté un plan escrito en el que manifestaba que prolongando lo más que pudiera la duración del armisticio, tendríamos tiempo para disciplinar bien nuestras tropas, recibir armamento para organizar un ejército de reserva en la Nueva Granada y conservar así este territorio, cuya posesión parecía depender del éxito de una sola batalla, pues los patriotas lo perdieron sólo con la derrota de sus tropas en Cachirí, y los españoles en la que sufrieron las suyas en la acción de Boyacá.

Al poco tiempo después de celebrado el armisticio, Morillo, a pesar de las instancias de los más prominentes realistas por que no dejase el país, partió para España el 17 de diciembre, dejando las tropas expedicionarias al mando del general Latorre. El caudillo español había llegado a convencerse de la imposibilidad de someter a los llamados insurgentes, y quiso retirarse de la escena antes que los acontecimientos le obligaran a abandonarla—¡medida prudente de quien no había previsto semejante fin!

Graves errores cometió Morillo en su misión de *pacificador*, adoptando para someter el país medidas de severidad que le enajenaron los ánimos más indiferentes, y mirando con desprecio a aquellos soldados mal aconsejados que, bajo las órdenes de Boves y Monteverde, habían sido el azote de sus compatriotas.

Injusticia sería negarle un valor y denuedo a toda prueba, una gran constancia, talento militar y todas aquellas cualidades que necesita un jefe para inspirar fe y confianza a sus subordinados; Morillo no por eso dejó de cometer errores militares en sus campañas de Venezuela.

El primero de éstos fue haber dividido su ejército en San Fernando, después de la acción de Mucuritas, mandando a Latorre con una parte a Guayana, y dirigiéndose él con la otra a la isla de Margarita. En este plan parece haber tenido más parte la excesiva confianza en sus tropas y el desprecio por las del enemigo, que la idea de atacar a la vez los dos focos en que los patriotas habían concentrado sus fuerzas. En vez de dividir así las suyas, debió dirigirse él en persona con todo el ejército a Guayana para arrojar de esta provincia a los republicanos y cerrarles el canal por donde podían introducir elementos de guerra del extranjero hasta el interior de la Nueva Granada. Embarcándose en San Fernando, podía llegar en cinco o seis días a Angostura, y si no le bastaban para

conducir su ejército las embarcaciones que tenía en el primero de estos puntos, pudo hacer bajar con tal objeto las que se encontraban en el Baúl y Nutrias.

A la conclusión de la campaña del año 18, en vez de tomar cuarteles de invierno, debió ir inmediatamente sobre Guayana y pudo hacerlo con gran facilidad, pues los patriotas en aquella época no tenían infantería que oponer a su marcha. Así hubiera impedido la reunión del Congreso de Angostura, que daba a la causa independiente el prestigio de un gobierno ya establecido, cuyos miembros se reunían para deliberar libremente y sin ninguna oposición.

El tercero de los errores cometidos por el jefe expedicionario fue la vana esperanza de destrozar el ejército de mi mando en el Apure con la idea de acorralar a los insurgentes en Guayana; y digo vana, porque debió tener muy en cuenta los inconvenientes con que tendría que luchar en un punto donde de nada le valdría la superioridad numérica de sus tropas contra el conocimiento que nosotros teníamos del terreno y los recursos con que nos brindaba para hacer la guerra de movimiento de que ya he hablado.*

* He omitido la relación de la multitud de reñidos encuentros con los realistas, que antes de celebrarse el armisticio tuvieron mis guerrillas al mando de los valientes jefes Rafael Rosales, Fernando Figueredo, Doroteo Hurtado, Cornelio Muñoz, Juan Gómez, Valentín Cortés, y José López, en los llanos de Calabozo, San Carlos y Barinas.

CAPITULO XIII

Fin del armisticio.— Mi penosa marcha a Guanare para reunirme al Libertador.— El general Latorre envía a éste un parlamento.— Latorre deseoso de saber si yo me había reunido con Bolívar.— Contramarcha a Carabobo.— Gloriosa jornada en el llano de este nombre.— Documentos oficiales

1821

La ocupación de Maracaibo por las tropas de Urdaneta, al mando del teniente coronel José Rafael Heras, que entró en dicha plaza de acuerdo con su gobernador, el venezolano Francisco Delgado, dio origen a una protesta por parte del jefe de los realistas; y como no le contestase Bolívar de una manera satisfactoria, se señaló el 28 de abril para abrir de nuevo la campaña y comenzar las hostilidades, que se habían suspendido por el armisticio celebrado el año anterior.

Preparáronse todos los jefes para las nuevas operaciones, y yo recibí orden de Bolívar de marchar con el ejército de mi mando a reunirme a su cuartel general en Guanare.

El 10 de mayo salí de Achaguas con mil infantes, mil quinientos jinetes, dos mil caballos de reserva y cuatro mil novillos, y crucé el Apure por el paso Enriquero.

No son de contar las molestias y trabajos que nos hizo pasar, durante nuestra marcha, la conducción de tan crecido número de animales. Todas las noches los caballos se escapaban en tropel, sin que bastaran los hombres que los custodiaban para detenerlos en la fuga. Por fortuna, como habían estado siempre reunidos por manadas en los potreros, corrían juntos y era fácil seguirlos por las huellas que dejaban en la tierra, muy blanda entonces, pues para mayor aprieto estábamos

en la estación de las lluvias. Estas deserciones se repetían todas las noches a las ocho, pues por el instinto maravilloso de esos animales, una vez que han encontrado la posibilidad de escapar a sus dehesas, redoblan siempre sus conatos a la misma hora del día siguiente.

Al fin mis llaneros los cogían, y al otro día me alcanzaban con ellos en la marcha, que yo aceleraba todo lo posible para reunirme cuanto antes con Bolívar.

En el pueblo de Tucupido supe que éste se había movido hacia Araure, cuya villa había abandonado Latorre para replegarse a San Carlos, punto que también abandonó cuando supo que Bolívar había ocupado a Araure, retirándose finalmente a Carabobo donde se proponía presentar batalla a las tropas republicanas.

Sabiendo yo que el Libertador llevaba muy poca caballería, dejé la infantería al mando del coronel Miguel Antonio Vásquez, y con la caballería me adelanté hasta San Carlos donde alcancé el general en jefe.

Incorporada la infantería y listos para marchar, se anunció al Libertador el arribo de un parlamento que le enviaba el general Latorre. Conducía dicho parlamento el coronel español Churruca, a quien Bolívar, invitándome para que le acompañase, salió a recibir en el pueblo de Tinaco, que dista cuatro leguas de San Carlos.

El objeto aparente de la llegada de Churruca, era proponer un nuevo armisticio; pero el real y verdadero averiguar si aún no me había reunido yo con Bolívar, para atacarle inmediatamente.

Habiendo llegado Churruca a la hora de la comida, antes de ocuparse del asunto que le había traído al campamento republicano, Bolívar le invitó a su mesa; y como en ella el comisionado español preguntase por mí, Bolívar inmediatamente me presentó a él. Después de la comida pasaron a la conferencia, y Churruca dijo que el objeto de su comisión era proponerle de parte de Latorre un nuevo armisticio, durante el cual las tropas republicanas se retirarían a la margen derecha de la Portuguesa, cuyo río sería la línea divisoria de los dos ejércitos enemigos mientras durase la suspensión de hostilidades. Como semejante proposición equivalía a exigirnos que perdiésemos todo el terreno que habíamos ganado, no la admitió Bolívar, y Churruca se volvió al campamento de Latorre para comunicarle el resultado de la entrevista y la noticia de que ya había yo reunido mis fuerzas a las del Libertador.

Como ya he dicho, después de su expulsión de San Carlos y desde principios de junio, había el enemigo concentrado sus fuerzas en Carabobo, y desde allí destacaba sus avanzadas en descubierta hasta el Tinaquillo. Envióse contra ellas al teniente coronel José Laurencio Silva, quien logró hacerlas prisioneras después de un encuentro en que murió el comandante español. Entonces, el enemigo juzgó prudente retirar un destacamento que tenía en las alturas de Buenavista; y ocupado desde luego por el ejército patriota, desde allí observamos que el enemigo se estaba preparando para impedir el descenso a la llanura. Nosotros continuamos nuestra marcha. La primera división, a mi mando, se componía del batallón Británico, del Bravo de Apure y mil quinientos caballos. La segunda, de una brigada de la Guardia, los batallones tiradores, el escuadrón Sagrado al mando del impertérrito coronel Aramendi, y los batallones Boyacá y Vargas, nombres que recordaban hechos heroicos. El general Cedeño, a quien Bolívar llamó el bravo de los bravos, era el jefe de esta segunda división. La tercera, a las órdenes del intrépido coronel Plaza, se componía de la primera brigada de la Guardia, con los batallones Rifles, Granaderos, Vencedor en Boyacá, Anzoátegui y un regimiento de caballería al mando del valiente coronel Rondón.

Jefes, oficiales y soldados comprendieron toda la importancia que a nuestra causa iba a dar una victoria que todos reputaban decisiva. Algunos de los más valientes decían a sus compañeros que no se empeñasen con sobrada temeridad y, según tenían por costumbre, en lances extremos si querían alcanzar la gloria de sobrevivir al triunfo y ver al fin colmados sus patrióticos deseos.

El ejército español que les aguardaba se componía de la flor de las tropas expedicionarias, y sus jefes habían venido a América después de haber recogido muchos laureles en los campos de la Península, luchando heroicamente contra las huestes de Napoleón.

Seguimos, pues, la marcha llenos de entusiasmo, teniendo en poco todas las fatigas pasadas y presentes, con ánimo de salir a la llanura por la boca del desfiladero en que terminaba la senda que seguimos; pero como viésemos ocupadas sus alturas por los regimientos Valencey y Barbastro, giramos hacia el flanco izquierdo con objeto de doblar la derecha del enemigo: movimiento que ejecutamos, a pesar del nutrido fuego de su artillería.

Dejando el general español los dos regimientos, antes citados, a la boca del desfiladero, salió a disputarnos con el resto del ejército el des-

censo al valle, para lo cual ocupó una pequeña eminencia que se elevaba a poca distancia del punto por donde nos proponíamos entrar en el llano, que era la Pica de la Mona, conducidos por un práctico que Bolívar había tomado en Tinaquillo. El batallón de Apure resistiendo vigorosamente los fuegos de la infantería enemiga, al bajar al monte, atravesó un riachuelo y mantuvo el fuego hasta que llegó la Legión Británica al mando de su bizarro coronel Farriar. Estos valientes, dignos compatriotas de los que pocos años antes se habían batido con tanta serenidad en Waterloo, estuvieron sin cejar un punto sufriendo las descargas enemigas hasta formarse en línea de batalla. Continuóse la pelea, y viendo que ya estaban escasos de cartuchos, les mandé cargar a la bayoneta. Entonces ellos, el batallón de Apure y dos compañías de tiradores, mandados por el heroico comandante Heras, obligaron al fin al enemigo a abandonar la eminencia y tomar nuevas posiciones en otra inmediata que se hallaba a la espalda. De allí envió contra nuestra izquierda su caballería y el batallón de la Reina, a cuyo recibo mandé yo al coronel Vásquez con el estado mayor* y una compañía de la Guardia de Honor, mandada por el capitán Juan Angel Bravo, quienes lograron rechazarlos y continuó batiéndose con la caballería enemiga por su espalda. Este oficial, Bravo, luchó con tal bravura que se veían después en su uniforme las señales de catorce lanzazos que había recibido en el encuentro, sin que fuese herido, lo que hizo decir al Libertador que merecía un uniforme de oro.

Los batallones realistas Valencey y Barbastro, viendo que el resto del ejército iba perdiendo terreno, tuvieron que abandonar su posición para reunirse al grueso del ejército. Corrí yo a intimarles rendición, acompañado del coronel Plaza que, dejando su división, se había reunido conmigo, deseoso de tomar parte personalmente en la refriega. Durante la carga, una bala hirió mortalmente a tan valiente oficial que allí terminó sus servicios a la patria.

Reforzado yo con trescientos hombres de caballería, que salieron por el camino real, cargué con ellos a Barbastro y tuvo que rendir armas: en seguida fuimos sobre Valencey que iba poco distante de aquel otro regimiento y que, apoyándose en la quebrada de Carabobo, resistió la carga que le dimos. En esta ocasión estuve yo a pique de no sobrevivir a la

* Componíase éste de treinta y cuatro individuos, entre jefes y oficiales agregados a él.

victoria, pues habiendo sido acometido repentinamente de aquel terrible ataque que me privaba del sentido, me quedé en el ardor de la carga entre un tropel de enemigos, y tal vez hubiera sido muerto, si el comandante Antonio Martínez, de la caballería de Morales, no me hubiera sacado de aquel lugar.—Tomó él las riendas de mi caballo, y montando en las ancas de éste a un teniente de los patriotas llamado Alejandro Salazar *alias* Guadalupe, para someterme sobre la silla, ambos me pusieron en salvo entre los míos.*

Al mismo tiempo el valiente general Cedeño, inconsolable por no haber podido entrar en acción con las tropas de su mando, avanzó con un piquete de caballería, hasta un cuarto de milla más allá de la quebrada, alcanzó al enemigo, y al cargarle cayó muerto de un balazo.

A tiempo que yo recobraba el sentido se me reunió Bolívar, y en medio de vítores me ofreció en nombre del Congreso el grado de general en jefe.

Tal fue la gloriosa jornada de Carabobo, que en sus importantes resultados para la independencia de Colombia, puede muy bien compararse con la de Yorktown para los Estados Unidos en la América del Norte. Bolívar en su proclama dijo que ella había confirmado el nacimiento político de la república de Colombia: "Solamente la división de Páez, compuesta de dos batallones de infantería y 1.500 jinetes, de los cuales pudieron combatir muy pocos, bastaron para derrotar al ejército español en tres cuartos de hora. Si todo el ejército independiente hubiera podido obrar en aquella célebre jornada, apenas habrían escapado algunos enemigos. Sellóse en Carabobo la independencia de Colombia. El valor indomable, la actividad e intrepidez del general Páez, contribuyeron sobremanera a la consumación de triunfo tan espléndido" (Tom. 3, p. 135).

Apenas repuesto del ataque de que ya he hablado, animé a mi infantería a continuar la persecución; pero Bolívar sabiendo que aquella arma había agotado en el combate todas sus municiones, mandó que

* Todavía estoy por saber el motivo que moviera a Martínez para ejecutar aquel acto inesperado y para mí providencial. El era llanero de Calabozo, y siempre sirvió a los españoles desde los tiempos de Boves, con justa fama de ser una de sus más terribles lanzas. Estuvo con nosotros la noche después de la acción de Carabobo, pero no amaneció en el campamento. Más adelante, le volveremos a encontrar.

hicieran alto hasta que los batallones Rifles y Granaderos se colocaran por delante para perseguir al enemigo. En estos momentos comenzó a caer una copiosa lluvia, la cual puso las barrancas de las quebradas que íbamos cruzando, tan sumamente resbaladizas, que no podíamos perseguir al enemigo con la celeridad que deseábamos, y sólo así pudo librarse Valencey y los restos del ejército español de ser hechos prisioneros.

Acosaban de cerca al enemigo sólo cincuenta hombres de caballería y unos cuantos jefes y oficiales que habían dejado sus cuerpos para de alguna manera tener parte en la victoria.

Varios fueron heridos, entre ellos el comandante José de Lima, portugués. El coronel Mellado cayó muerto en la quebrada de Barrera, así como el teniente Olivera en Tocuyito.

Nuestra caballería no pudo antecoger los cuerpos de infantería enemiga, a causa del obstáculo que les presentaban los pasos de las quebradas, y viendo Bolívar que ya el enemigo se acercaba a la ciudad de Valencia, dispuso que doscientos granaderos montasen a la grupa de los jinetes para ir al trote a alcanzar al enemigo que encontraron desfilando por la orilla de la ciudad, camino a Puerto Cabello.

Cambiamos algunos tiros con él en los corrales que están a la entrada de las calles de Valencia, y yo creyendo que iba a hacerse fuerte en el centro de ella, me metí hasta la plaza que hallé enteramente desierta. Todas las puertas y ventanas de las casas estaban cerradas y no se veía ni una sola persona a quien preguntar la dirección que había tomado el enemigo.

Cuando yo iba por la calle que suponía ser la que conducía a Puerto Cabello, vi asomado al póstigo de una ventana al ciudadano Dr. Pedro Guillén, quien me informó de que la otra calle paralela a aquélla donde estábamos, era la que salía al camino que conduce a aquella plaza. Seguí pues esta dirección, pero poco después vino el coronel Diego Ibarra, edecán de Bolívar, a decirme que el enemigo estaba en el puente que de Valencia conduce al camino de Caracas. Volví atrás, y en efecto descubrí en dicho punto una columna de húsares, dos de los cuales se adelantaron a darnos el quién vive, y como contestásemos "La Patria", descargaron sus carabinas contra mí y el pelotón de oficiales que me acompañaba. Cargamos entonces a los que estaban en el puente, matamos a los dos húsares que nos habían hecho fuego poco antes, y pusimos en desordenada fuga a todos sus compañeros que a escape huyeron por

el camino de Vigirima en dirección a Puerto Cabello. En aquel momento llegó la noche, y el Libertador mandó suspender la persecución del enemigo.

El ejército realista, fatigado de la marcha precipitada que había hecho desde Carabobo, pasó la noche al pie del cerro, a tres leguas de Valencia, y la mañana del día siguiente empezó a subirlo y logró entrar en la plaza de Puerto Cabello.

El 25 de junio Bolívar, dejando a Mariño, jefe del estado mayor, al frente de las tropas en Valencia, marchó conmigo y un batallón hacia Caracas, a cuya ciudad,—evacuada por Pereira así que supo la derrota de los realistas en Carabobo y la proximidad del Libertador—llegamos el 29 por la noche.

Pereira no teniendo buques para embarcarse, pretendió salir por la costa de Sotavento hasta el pueblo de Carayaca con el objeto de ver si allí tocaba la escuadra española para llevarlo a bordo; pero no habiendo aparecido ésta, regresó a La Guaira para hacerse allí fuerte, siempre con la esperanza de que le auxiliarían los buques de Puerto Cabello. Al fin tuvo que capitular con el Libertador el día 4 de julio cuando vio que no se presentaba en el puerto ningún buque español.*—Véanse los artículos de esta capitulación en el tomo 2º de los Documentos de la Vida Pública del Libertador.

* Dice Torrente: "Habiéndose el almirante francés Jurien rehusado a admitir las tropas realistas a su bordo alegando la estricta neutralidad que se veía precisado a observar, interpuso, sin embargo, su mediación para que entre dicho Pereira y Bolívar se estipulase un convenio, por el cual se concedía a aquellos soldados la libertad de quedarse al servicio de la república o de embarcarse para Puerto Cabello. De los setecientos negros, mulatos y zambos de que se componía la infantería, *tan sólo seis abrazaron el primer partido, formando un extraño contraste con la caballería que se componía en su mayor parte de europeos, y de la que se vieron mas individuos abandonar las banderas del rey, aunque su fuerza total no llegaba a setenta*".

Entre aquellos seis que dice Torrente se quedaron, estaba aquel cabo que nos hizo la heroica resistencia en el pueblo de la Cruz.

D E C R E T O

*Del Congreso Constituyente de Colombia, concediendo gracias
y honores a los vencedores en la Batalla de Carabobo.***

El Congreso General de la República de Colombia:

Instruido por el Libertador Presidente de la inmortal victoria que en el día 24 de junio próximo pasado obtuvo el ejército bajo su mando, sobre las fuerzas reunidas del enemigo en los campos de Carabobo, y teniendo en consideración:

1º Que por esta batalla ha dejado de existir el único ejército en que el enemigo tenía fincadas todas sus esperanzas en Venezuela;

2º Que la por siempre memorable jornada de Carabobo, restituyendo al seno de la patria una de sus más preciosas porciones, ha consolidado igualmente la existencia de esta nueva República;

3º Que tan glorioso combate es merecedor de agradecido recuerdo y eterna alabanza, tanto por la pericia y acierto del general en jefe que lo dirigió, como por las heroicas proezas y rasgos de valor personal con que en él se distinguieron los bravos de Colombia;

4º En fin, que es un deber de justicia presentar a sus ilustres defensores los sentimientos de gratitud nacional, así como también pagar el tributo de dolor a los que con su muerte dieron honor y vida a la patria;

. Ha venido en decretar y decreta:

1º Los honores del triunfo al general Simón Bolívar, y al ejército vencedor bajo sus órdenes.

2º No pudiendo verificarse en la capital de la República, tendrán lugar en la ciudad de Caracas, quedando a cargo de sus autoridades, y particularmente de su ilustre ayuntamiento, acordar las disposiciones necesarias a fin de que haga esta manifestación personal con la pompa y dignidad posibles.

** Tomo II, página 287, de los Documentos.

3º En todos los pueblos de Colombia y divisiones de los ejércitos, se consagrará un día a regocijos públicos en honor de la victoria de Carabobo.

4º El día siguiente a esta solemnidad, se celebrarán funerales en los mismos pueblos y divisiones, en memoria de los valientes que fenecieron combatiendo.

5º Para recordar a la posteridad la gloria de este día, se levantará una columna ática en el campo de Carabobo. El primer frente llevará esta inscripción:

DIA XXIV DE JUNIO DEL AÑO XI

*Simón Bolívar, Vencedor,
Aseguró la existencia de la República de Colombia*

Se hará después mención del estado mayor general. En los otros tres frentes se inscribirán por su orden los nombres de los generales de las tres divisiones de que se componía el ejército, y los nombres de los regimientos y batallones de cada una, con los de sus respectivos comandantes.

6º En el lado de la base que corresponde al frente de la 2ª División, se verá grabado:

*El General Manuel Cedeño,
honor de los Bravos de Colombia,
murió venciendo en Carabobo.
Ninguno más valiente que él,
ninguno más obediente al gobierno.*

En el lado de la base que corresponde al frente de la 3ra. división se leerá:

*El intrépido joven General Ambrosio Plaza,
animado de un heroismo eminente,
se precipitó sobre un batallón enemigo.
Colombia llora su muerte.*

7º Se colocará en un lugar distinguido de los salones del Senado y Cámara de Representantes el retrato del general Simón Bolívar, con la siguiente inscripción:

SIMON BOLIVAR
Libertador de Colombia

8º Se concede al bizarro general José Antonio Páez el empleo de general en jefe, que por su extraordinario valor y virtudes militares le ofreció el Libertador, a nombre del Congreso, en el mismo campo de batalla.

9º Todos los individuos del ejército vencedor en aquella jornada llevarán en el brazo izquierdo un escudo amarillo, orlado con una corona de laurel, con este mote:

Vencedor en Carabobo.—Año XI

10º El Libertador, además, presentará muy especialmente, a nombre del Congreso, el testimonio de agradecimiento nacional al esforzado batallón británico, que pudo aun distinguirse entre tantos valientes, y sufrió la pérdida lamentable de muchos de sus dignos oficiales, contribuyendo de esta suerte a la gloria y existencia de su patria adoptiva.

Comuníquese al poder ejecutivo para su ejecución y cumplimiento en todas sus partes.

Dado en el palacio del Congreso General de Colombia, en la Villa del Rosario de Cúcuta, a 20 de julio de 1821—11º.

El Presidente del Congreso, *José Manuel Restrepo*.—El Diputado Secretario, *Francisco Soto*.—El Diputado Secretario, *Miguel Santamaría*.

Palacio del Gobierno de Colombia, en el Rosario de Cúcuta
á 23 de Julio de 1821—11º

Ejécútese, publíquese y comuníquese a quienes corresponda.—*Castillo*.—Por S. E. el Vice-Presidente de la República: el Ministro del Interior, *Diego B. Urbaneja*.

Los oficiales de mi estado mayor que murieron en esta memorable acción fueron: Coronel Ignacio Meleán, Manuel Arraiz, herido mortalmente, capitán Juan Bruno, teniente Pedro Camejo (a) el Negro Primero, teniente José María Olivera, y teniente Nicolás Arias.

Entre todos con más cariño recuerdo a Camejo, generalmente conocido entonces con el sobrenombre de "El Negro Primero", esclavo un tiempo, que tuvo mucha parte en algunos de los hechos que he referido en el transcurso de esta narración.

Cuando yo bajé a Achaguas después de la acción del Yagual, se me presentó este negro, que mis soldados de Apure me aconsejaron incorporase al ejército, pues les constaba a ellos que era hombre de gran valor y sobre todo muy buena lanza. Su robusta constitución me lo recomendaba mucho, y a poco de hablar con él, advertí que poseía la candidez del hombre en su estado primitivo y uno de esos caracteres simpáticos que se atraen bien pronto el afecto de los que los tratan. Llamábase Pedro Camejo y había sido esclavo del propietario vecino de Apure, Don Vicente Alfonso, quien le había puesto al servicio del rey porque el carácter del negro, sobrado celoso de su dignidad, le inspiraba algunos temores.

Después de la acción de Araure quedó tan disgustado del servicio militar que se fue al Apure, y allí permaneció oculto algún tiempo hasta que vino a presentármese, como he dicho, después de la función del Yagual.

Admitirle en mis filas y siempre a mi lado fue para mí preciosa adquisición. Tales pruebas de valor dio en todos los reñidos encuentros que tuvimos con el enemigo, que sus mismos compañeros le dieron el título de El Negro Primero. Estos se divertían mucho con él, y sus chistes naturales y observaciones sobre todos los hechos que veía o había presenciado, mantenían la alegría de sus compañeros que siempre le buscaban para darle materia de conversación.

Sabiendo que Bolívar debía venir a reunirse conmigo en el Apure, recomendó a todos muy vivamente que no fueran a decirle al Libertador que él había servido en el ejército realista. Semejante recomendación bastó para que a su llegada le hablaran a Bolívar del negro, con gran entusiasmo, refiriéndole el empeño que tenía en que no supiera que él había estado al servicio del rey.

Así, pues, cuando Bolívar le vio por primera vez, se le acercó con mucho afecto, y después de congratularse con él por su valor le dijo:

—¿Pero qué le movió a Ud. a servir en las filas de nuestros enemigos?

Miró el negro a los circunstantes como si quisiera enrostrarles la indiscreción que habían cometido, y dijo después:

—Señor, la codicia.

—¿Cómo así? preguntó Bolívar.

—Yo había notado, continuó el negro, que todo el mundo iba a la guerra sin camisa y sin una peseta y volvía después vestido con un uniforme muy bonito y con dinero en el bolsillo. Entonces yo quise ir también a buscar fortuna y más que nada a conseguir tres aperos de plata, uno para el negro Mindola, otro para Juan Rafael y otro para mí. La primera batalla que tuvimos con los patriotas fue la de Araure: ellos tenían más de mil hombres, como yo se lo decía a mi compadre José Félix; nosotros teníamos mucha más gente y yo gritaba que me dieran cualquier arma con que pelear, porque yo estaba seguro de que nosotros íbamos a vencer. Cuando creí que se había acabado la pelea, me apeé de mi caballo y fui a quitarle una casaca muy bonita a un blanco que estaba tendido y muerto en el suelo. En ese momento vino el comandante gritando "a caballo". ¿Cómo es eso, dije yo, pues no se acabó esta guerra?—Acabarse, nada de eso; venía tanta gente que parecía una zamura.

—¿Qué decía Ud. entonces? dijo Bolívar.

—Deseaba que fuéramos a tomar paces. No hubo más remedio que huir, y yo eché a correr en mi mula, pero el maldito animal se me cansó y tuve que coger monte a pie. El día siguiente yo y José Félix fuimos a un hato a ver si nos daban que comer; pero su dueño cuando supo que yo era de las tropas de Ñaña (Yáñez) me miró con tan malos ojos, que me pareció mejor huir e irme al Apure.

—Dicen, le interrumpió Bolívar, que allí mataba Ud. las vacas que no le pertenecían.

—Por supuesto, replicó, y si no ¿qué comía? En fin vino el mayordomo (así me llamaba a mí) al Apure, y nos enseñó lo que era la patria y que la *diablocracia* no era ninguna cosa mala, y desde entonces yo estoy sirviendo a los patriotas.

Conversaciones por este estilo, sostenidas en un lenguaje *sui géneris*, divertían mucho a Bolívar, y en nuestras marchas el Negro Primero nos servía de gran distracción y entretenimiento.

Continuó a mi servicio, distinguiéndose siempre en todas las acciones más notables, y el lector habrá visto su nombre entre los héroes de las Queseras del Medio.

El día antes de la batalla de Carabobo, que él decía que iba a ser la *cisiva*, arengó a sus compañeros imitando el lenguaje que me había oído usar en casos semejantes, y para infundirles valor y confianza les decía con el fervor de un musulmán, que las puertas del cielo se abrían a los patriotas que morían en el campo, pero se cerraban a los que dejaban de vivir huyendo delante del enemigo.

El día de la batalla, a los primeros tiros, cayó herido mortalmente, y tal noticia produjo después un profundo dolor en todo el ejército. Bolívar cuando lo supo, la consideró como una desgracia y se lamentaba de que no le hubiese sido dado presentar en Caracas aquel hombre que llamaba sin igual en la sencillez, y sobre todo, admirable en el estilo peculiar en que expresaba sus ideas.

CAPITULO XIV

Mi regreso a Valencia.— El Libertador marcha para la Nueva Granada.— Soy nombrado comandante de uno de los distritos militares en que dejó dividida a Venezuela.— Operaciones de mis fuerzas contra algunos jefes realistas.— Morales sale de Puerto Cabello, desembarca en algunos puntos de la costa y al fin se ve obligado a volver a aquel puerto.— Los realistas salen de Puerto Cabello sobre Valencia.— Destrucción de un destacamento realista en Patanemo.— Pongo sitio a Puerto Cabello.— Las enfermedades me obligan a levantarlo.— El general Calzada toma el mando de la plaza

1821 — 1822

A poco de haber llegado a Caracas, me ordenó Bolívar regresar a Valencia para ponerme a la cabeza del ejército, y él se quedó en la capital conferenciando con el vicepresidente, general Soublette, acerca de varios puntos de gobierno y administración.

Después se reunió conmigo en Valencia, y a principios de agosto marchó para la Nueva Granada con algunos cuerpos del ejército, dejando dividida provisionalmente a Venezuela en tres distritos militares, siendo yo nombrado comandante general del que se formó con las provincias de Caracas, Carabobo, Barquisimeto, Barinas y Apure.

De los realistas derrotados en Carabobo, habían entrado en Puerto Cabello más de doscientos jinetes de la caballería criolla, y a la sazón había llegado a aquella plaza, de regreso de la Península, el famoso jefe de la caballería de Boves, coronel José Alejo Mirabal. A éste dio Latorre el mando de los jinetes criollos que tenía en la plaza, nombrándole además comandante general de los llanos de Calabozo para que saliera a obrar por nuestra espalda, aumentando sus fuerzas no sólo con los soldados que hubieran escapado de Carabobo y se encontrasen dis-

persos por aquellos territorios, sino también con los partidarios del rey que hallase en ellos.

Alejo hizo su salida de Puerto Cabello por Morón, y en Canoabo sorprendió un destacamento que teníamos allí, guiando después su marcha al Pao de San Juan Bautista sin encontrar ninguna oposición, pues las fuerzas que mandamos a su encuentro, no llegaron oportunamente al punto que yo les había designado. Alejo salió al Llano donde, obrando con la actividad que le era característica, logró aumentar sus fuerzas hasta el número de quinientos jinetes, con los cuales sitió al coronel Judas Tadeo Piñango que mandaba en Calabozo; mas noticioso de que yo había salido de Valencia con la Guardia de Apure y me acercaba a Calabozo, levantó el sitio y se fue al pueblo de Guardatinajas. Mandé a la Guardia en su persecución, y Mirabal fue sorprendido y desbaratada su gente en las inmediaciones de aquel pueblo. Después de andar errante algunos días, se presentó al jefe militar de la villa del Pao de San Juan Bautista.*

Estando yo de regreso para Valencia y ya cerca de dicha ciudad, vi pasar un hombre a pie, y pareciéndome sospechoso le hice registrar, encontrando en su persona una comunicación de Mirabal a Morales, dándole cuenta de los sucesos que le habían obligado a presentarse a las autoridades republicanas, con cuyo ardid se había propuesto acercarse a Puerto Cabello para refugiarse con facilidad en esta plaza en caso de no recibir auxilios.

Inmediatamente que leí la comunicación, ordené que lo mandasen bajo segura escolta a mi cuartel general; mas habiendo querido escaparse en el camino, según me participó después el comandante de la escolta Guillermo Iribarren, fue muerto en el acto por el centinela que le vigilaba.

El 1º de noviembre de este año, 1821, salió Morales de Puerto Cabello hacia Barlovento con ochocientos hombres que embarcó en la fragata *Ligera*, y llevándose además un bergantín y ocho goletas se aproximó a Chichirivichi, no sin haber perdido una de las goletas que

* Yo mandé entonces un indulto para el comandante Antonio Martínez que me había salvado en Carabobo, el cual había salido con Mirabal de Puerto Cabello. Un oficial de éste, de apodo el Zainito, encontró en el paso del río de Guardatinajas al teniente Vicente Campero, que conducía el indulto, y apoderándose del papel lo rompió, dando además muerte a Campero.

apresó el bergantín colombiano *Vencedor*. El 14 a las diez de la mañana apareció dicho convoy frente a Macuto, y el 15 en la tarde se aproximaron algunos de sus botes a la costa de Naiguatá; pero sin atreverse a desembarcar en ella. El 16 se observó que hacían rumbo a Sotavento de la Guaira, y el 18 recalaron a Catia, saltando a tierra seiscientos hombres que se dirigieron a Ocumare mientras los buques seguían la misma dirección conduciendo el resto de las fuerzas. El 19 se aproximó a reconocerlos, con una pequeña columna de milicianos, el comandante de los Valles de Aragua, pero tuvo que retroceder por haber sido atacado por fuerzas superiores en el Trapiche. Morales no atreviéndose a penetrar en el interior, se reembarcó y volvió a Puerto Cabello.

Yo atendía a los avisos que constantemente recibía de que la escuadra española iba remontando hacia Barlovento, y para ir en auxilio de Caracas salí de Valencia con un batallón. Estando en aquella ciudad supe que la escuadra bajaba hacia Puerto Cabello, y sin perder tiempo contramarché sobre Valencia. En Maracay recibí un parte del coronel Manrique, a quien había dejado mandando en Valencia; informábase de que una columna de quinientos hombres, al mando del coronel García, había salido de Puerto Cabello sobre Valencia, encontrándose ya en el pueblo de Naganagua.

Ordené a Manrique que evacuara la ciudad y se fuera a Guacara, donde yo me le incorporaría inmediatamente. Mi plan era marchar de Guacara por el camino de San Diego que conduce al pie del cerro para cortar la retirada a los realistas si avanzaban hasta Valencia, y destruirlos con fuerzas muy superiores a las suyas. Pero García no juzgó prudente adelantarse hasta Valencia, y contramarchó precipitadamente a Puerto Cabello.

Así quedaron las cosas hasta que en el mes de Abril de 1822 me dirigí con un batallón al pueblo de Patanemo a sorprender un destacamento que los realistas tenían allí, y para ponerme en inteligencia con el comandante Renato Beluche que cruzaba a Barlovento de Puerto Cabello con dos goletas armadas, pues ya me preparaba a establecer el sitio de la plaza. Logré desbaratar el citado destacamento, y continué mi exploración hasta el pueblo de Borburata, de donde, sin poder hablar con Beluche, contramarché a Valencia por la misma vía que había traído, y sin pérdida de tiempo seguí por el camino de la Cumbré para ir a establecer el sitio de Puerto Cabello. Apoderéme de Pueblo Afuera y en seguida ocupé también a Borburata. Puse sitio al

Mirador de Solano (La Vigía), obligando a capitular al capitán Montero que lo guarnecía con una compañía* y que desde allí comunicaba a la plaza todos mis movimientos por medio de un telégrafo de señales.**

A principios de Mayo hizo una salida de la plaza el batallón 1º de Valencey, pero tuvo que retirarse después de haber perdido mucha gente.

Por este tiempo Latorre estaba tan escaso de provisiones de boca que lanzó de la plaza a más de doscientas personas entre mujeres, niños y hombres inútiles; pero el 2 de junio recibió los auxilios de víveres que le trajo el jefe de la escuadra española, Don Angel Laborde, en la fragata *Ligera*, que logró entrar en el puerto, a pesar de la oposición que le hizo nuestra pequeña escuadra.

En tales circunstancias el general Soublette, director de la guerra, fue a la provincia de Coro para inspeccionar las operaciones de las fuerzas que mandaba Piñango. Después del suceso de Dabajuro, que le obligó a retirarse a Carora, volvió sobre Coro; pero Morales no le esperó, sino que embarcándose en la Vela el 16 de Junio, vino a Puerto Cabello con la mayor parte de sus tropas a suceder en el mando del ejército a Latorre, nombrado capitán general de Puerto Rico.

Yo a mediados de junio había suspendido el sitio de Puerto Cabello y retirándome a Valencia, porque las fiebres malignas diezmaron mis tropas a tal punto que de tres mil doscientos setenta y nueve hombres con que había principiado a sitiar la plaza, sólo quedaron poco más de mil.***

Déjose ver Morales en la cumbre del cerro que baja a la sabana de Naguanagua el día 10 de Agosto, cuando yo me hallaba en el sitio

* Los españoles fusilaron en Puerto Rico a este oficial por haber capitulado.

** Durante el sitio me vi obligado a ausentarme personalmente de mis tropas, para impedir que estallase una insurrección en el Apure, cuyos habitantes estaban indignados con la conducta tiránica del gobernador Miguel Guerrero, que había hecho asesinar alevosamente al bizarro Aramendi, según declaración de Cabaneiro, uno de los cómplices, fusilando a tres oficiales porque censuraban este acto, y finalmente maltratando a unos beneméritos oficiales de la Guardia que con grillos me remitieron a mi cuartel general. Mi presencia calmó todos los ánimos, y quedó tranquila aquella provincia.

*** El general Hilario López, ex-presidente de la Nueva Granada, que mandaba mil hombres de milicias de los valles de Aragua en el penúltimo sitio de Puerto Cabello, y que se distinguió en muchas de sus más arriesgadas opera-

del Palito con el batallón Anzoátegui y poco más de doscientos hombres de caballería esperando la columna de 500 hombres que, al mando del comandante realista Don Simón Sicilia, había mandado Morales por la costa hacia Puerto Cabello. A mi espalda, como a tres o cuatro leguas, había yo dejado en el lugar llamado Agua Caliente, un batallón de milicias por si Sicilia tomaba este camino. El día siguiente de la llegada de Morales al cerro, Sicilia derrotó a los milicianos, y para excusar un encuentro con las tropas que venían del Palito por la pica llamada Miquija, penetró en Puerto Cabello.

El mismo día 10, por la tarde, había yo recibido el parte de la llegada de Morales al cerro, e inmediatamente me había puesto en marcha con mis fuerzas, adelantándome en persona con cincuenta hombres de caballería. Al mismo tiempo envié un posta a Valencia para que me mandasen inmediatamente quinientos reclutas, que tenía allí en un depósito, y trescientos granaderos veteranos, única fuerza que había en Valencia. Mis órdenes fueron ejecutadas con la rapidez que deseaba, y a las seis de la mañana del día 11, tenía yo, además de mis cincuenta hombres de caballería, ochocientos infantes procedentes de Valencia. A esa misma hora Morales ya venía bajando a la llanura, y cuando lo hubo logrado, dispuso atacarme, dividiendo sus fuerzas en tres columnas. Una compuesta del batallón Leales Corianos marchaba sobre mi flanco izquierdo, y otra de cuatrocientos cazadores euro-

ciones, escribe en sus Memorias, tomo I, pág. 127: "Los inauditos esfuerzos del general Páez eran insuficientes para estrechar la plaza o asaltarla. Muchas veces este jefe se precipitaba como despedido a los más inminentes peligros, ya vistiéndose de soldado raso y obrando a las órdenes de un cabo sobre las fortificaciones, ya poniéndose su gran uniforme y plantándose cerca de la casa fuerte, sirviendo de blanco por largo tiempo y con la mayor sangre fría a los buenos fusileros que la defendían, ya embarcándose en una pequeña barca y colocándose en los puntos más peligrosos. Nuestra marina, compuesta de pequeños buques, hizo la prueba de resistir la entrada de tres buques españoles que habían salido de Curazao a traer víveres, y no pudo embarazarlo en las circunstancias en que la plaza estaba al rendirse por falta de municiones de boca".

"Vuelvo a encargar a V., me decía Santander en carta fechada en Bogotá a 15 de Junio de 1822, que no ande exponiéndose innecesariamente a que le den un balazo sin fruto. Su vida es preciosa, y por su honor mismo debe evitar exponerla sin una grande y urgente necesidad... No sea V. loco cuando no hay necesidad; dígolo, porque lo que V. ha hecho en Puerto Cabello son locuras hijas de la temeridad. Sin marina no hacemos nada; esto lo sé hace mucho tiempo, y no todos saben que no he tenido ni medios ni modos de adquirirla".

peos, al mando del coronel Lorenzo, hacía el mismo movimiento sobre mi flanco derecho, mientras Morales con el resto de las fuerzas, que en su totalidad ascendían a dos mil hombres, se me acercaba de frente, a paso regular. Vista la operación, destaqué cien veteranos y cien milicianos, los cuales con veinticinco hombres de caballería puse a las órdenes del bizarro coronel Rondón, ordenándole atacar a los Leales Corianos. Con igual número de fuerzas al mando del esforzado coronel Mina, mandé atasar a los que amanzaban mi derecha, y con las que me quedaban hice frente a Morales.

Poco tardaron aquellas dos columnas del enemigo en ser derrotadas, siendo innumerables las cargas que les dio mi caballería, sobre todo a la columna de Lorenzo. Este se vio obligado a formar en cuadro; pero la infantería, dispersa en guerrillas, hizo tal estrago en sus filas que les obligó a tomar los cerros por dirección opuesta del punto que ocupaba Morales. La columna que atacó Rondón fue desbaratada, porque no pudo formarse en cuadros; pero los dispersos lograron reunirse al centro que ya iba replegándose, arrollado también por la fuerza que yo en persona dirigía contra él. Subimos en persecución del enemigo hasta las dos primeras vueltas del cerro, pero fue prudencia volver atrás, porque el desfiladero presentaba fuertes posiciones al enemigo.

Allí recibió una herida en un pie el comandante Rondón, y atacándole algunos días después el tétano, terminó su gloriosa carrera tan bizarro como simpático jefe de nuestra caballería. También perdimos en la acción al capitán de caballería Santos Garrido y al teniente de la misma arma, Alvarez.

Todos los oficiales veteranos de granaderos fueron heridos, pero en la clase de tropa no hubo pérdidas de consideración.

Una hora después del combate llegó el batallón Anzoátegui y la caballería que yo había dejado aquella misma noche en el camino del Palito, porque la fragosidad del terreno y la oscuridad de la noche les habían impedido hacer una marcha tan precipitada como demandaba la urgencia. Tres o cuatro días después, llegó el director de la guerra, general Soubllette, con algunos de los cuerpos que tenía en Coro, y con los cuales fui yo reforzado.

Morales permaneció diez o doce días en el cerro sin atreverse a bajar: esperaba sin duda el resultado de una revolución que debía hacer en los llanos de Calabozo en favor del rey, el comandante Antonio Martínez, mi salvador en Carabobo. Estalló dicha revolución en el

pueblo de Guardatinajas, pero fue inmediatamente sofocada. Probablemente esto fue lo que al fin decidió a Morales a retirarse a Puerto Cabello, donde se embarcó el día 24 para Maracaibo, dejando la plaza al mando del general Don Sebastián de la Calzada.

La pérdida de los realistas en el encuentro que he referido fue de quinientos hombres entre muertos, heridos, prisioneros y pasados a nosotros.

Morales desembarcó en Cojoro y marchó, engrosado su ejército con algunos indios, al puerto de Sinamaica: obligó a desalojarlo al oficial que lo mandaba y después de la acción de Salina Rica ocupó a Maracaibo.

"Apenas se vio Morales dueño de Maracaibo, dice Baralt, expidió un decreto imponiendo pena de muerte y confiscación a los extranjeros que encontrase con las armas en la mano, y no contento con esta escandalosa infracción del tratado de Trujillo, declaró más tarde insubistentes muchos de sus artículos. Después de varias reclamaciones por parte del gobierno de la república y del comandante de las fuerzas navales anglo-americanas, situadas en las Antillas, Páez dio orden a las tropas colombianas de su mando para cumplir estrictamente aquel convenio, a pesar del mal ejemplo de los enemigos: noble y digna represalia acreedora al más alto elogio!"

El general Clemente, que mandaba en Maracaibo, al embarcarse para Betijoque, provincia de Trujillo, había encargado muy especialmente al gobernador del castillo de San Carlos, coronel Natividad Villasmil, mantenerse en él sin entrar en negociaciones de ningún género con el enemigo; pero este cobarde jefe, a la primera amenaza que le hicieron, capituló sin hacer la más leve resistencia. Yo, contando con que el castillo de San Carlos estaba ocupado por fuerzas patriotas, marché con dos mil hombres a la provincia de Trujillo, esperando con que no pudiendo entrar en el lago la escuadra enemiga, me sería fácil atravesarlo en la multitud de embarcaciones menores que había en su seno. No podían escaparse Morales y su ejército de caer hechos prisioneros; pero al llegar a Trujillo recibí la noticia de la capitulación del castillo y de que la escuadra española había entrado en Maracaibo.

Contramarché entonces a Valencia llevando conmigo un práctico de la barra, llamado Iribarren, el cual mandé al general Soublotte, in-

dicándole que dicho práctico podría introducir sin riesgo nuestra escuadra en el lago.

Envió Soublette a la escuadra ordenando al jefe de ella, general Padilla, ejecutase dicha operación, la cual se llevó a efecto sin más pérdida que la de un bergantín.

La escuadra combinando sus movimientos con las fuerzas que en tierra mandaba el coronel Manrique en los Puertos de Altigracia, atacó a la española que mandaba D. Angel Laborde, decidiendo la derrota de este la campaña de Maracaibo.

Como el señor Restrepo habla de desavenencias entre Soublette y yo en esta época, acusándome de aspirar al puesto que este general desempeñaba con aprobación de todos copiaré a continuación la carta que escribí al vice presidente Santander contestando a tan injusto cargo.

Sr. Brigadier General Francisco de P. Santander

Valencia, 28 de Mayo de 1822.

Apreciado compañero y amigo:

La confianza con que V. me distingue en su estimada de 15 de Febrero último, contestando a la mía de 15 de Enero, también último, es el mismo título con que voy a descubrirle ingenuamente todos mis sentimientos: deseo en este instante, más que ningún otro, que el corazón humano fuese ingenuo por necesidad, no porque yo deje de serlo, sino para que V. y todo el mundo creyese sin temor que mis expresiones son sinceras.

Me dice V. que "*cuando rehusaba tenazmente admitir la vicepresidencia y se quejaba de su suerte, era porque se le presentaba en Venezuela un país asolado por la guerra, escaso de recursos, habitado por gentes de un carácter raro, con altos representantes acostumbrados a obrar por sí, con llaneros descontentos, y que desesperaba que pudiese remediar tantos males*". Si yo hubiese estado en ese tiempo cerca de V., me hubiera tomado la libertad de asegurarle que el raro carácter de los venezolanos iba a ser la fuente fecunda de que brotarían muchos bienes: el genio inquieto y resuelto de los venezolanos está, a mi parecer, acompañado de mucho buen juicio: esto me obliga a

creerlo el progreso que he observado en la revolución: los venezolanos han conocido su interés más que ningún otro pueblo, creyeron que debían separarse de España y han sacrificado para este objeto, parte por su voluntad y parte por la fuerza, su comodidad, sus propiedades y aun el amor a sus familias. El pueblo de Venezuela como todo otro pueblo es incapaz de discernir la justicia e injusticia que sirvió de fundamento a la ley porque eso está reservado a los filósofos; pero ha sabido obedecerlas, y esta moral pública es un gran consuelo para mí, como lo debe ser para V., pues me persuado que Venezuela sufrirá escaseces; pero que será la última en invadir la tranquilidad nacional.

Me dice V. también en la suya que por no ofender mi delicadeza y generosidad no quisiera hablarme de la situación en que me encuentro, siguiendo el rumbo que me señala el piloto. Mi querido amigo, le hablo a V. con toda ingenuidad: nada me ofende de cuanto V. me dice, ni los consejos que me da, que me son muy apreciables, sino el motivo con que lo hace. V. ha entendido mal mis expresiones. *El señor Soublette, digno y muy digno intendente de Venezuela, es por sus prendas, por sus luces y conocimientos políticos y militares, el mejor hombre y tal vez el único que Vds. pudieron escoger para el elevado y penoso destino que le han dado; estoy muy lejos de haberme disgustado una vez siquiera de servir bajo sus órdenes, antes por el contrario un jefe amable como él, sin orgullo, sin resentimientos conmigo, me ayuda a llevar el peso enorme que Vds. han puesto sobre mis hombros. Yo quisiera que V. entrase en mi corazón, y que registrando mis más secretos sentimientos, quedase convencido y satisfecho de que yo no he aspirado a la intendencia de estas provincias, antes bien estoy íntimamente persuadido que ni por mí ni por medio de mis amigos era capaz de desempeñarla con la prudencia, tesón, madurez y acierto con que lo está haciendo el señor Soublette para beneficio general de estos pueblos. No piense V. ni por un instante, se lo suplico, que la envidia o ambición en esa parte hayan tenido entrada en mi pecho. Yo no sacrifico nada en obedecer las órdenes del señor Soublette, porque lo hago con mucho gusto; y cuando dije a V. que no hacía otra cosa que seguir el rumbo que me señalaba el piloto, fue solo para manifestarle que, en mi carácter de comandante general de las armas, no tenía la responsabilidad de dirigir la guerra, sino de marchar y ordenar las operaciones del ejército a donde se me mandase.*

Yo doy mil gracias al cielo porque el gobierno de la república no haya puesto los ojos en mí para este encargo, y en prueba de mi inge-

nuidad debo añadirle que en tiempo de paz y de tranquilidad, cuando las leyes hayan establecido el orden, acaso me hubiera lisonjeado el título de intendente; pero en el día no lo hubiera aceptado, porque no hubiera podido desempeñar ni vencer tantos obstáculos como presentan la política y la fuerza para establecer el orden y las leyes. *Soublette era el hombre calculado en Venezuela para este objeto y le repito y repetiré mil veces que Vds. acertaron en la elección. Si algo he dicho acerca de él, es lo que le digo a él mismo tratándolo amigablemente;* y es efecto de mi carácter fogoso que no me permite detener algunos pensamientos, particularmente cuando creo que de comunicarlos puede resultar alguna utilidad.

Yo sé bien cuán grandes y pesadas son las obligaciones en que estoy como comandante general de las armas: procuro desempeñarlas del modo posible, y haré cuanto esté de mi parte para que ni por falta de actividad, ni de interés dejen de quedar triunfantes las armas de Colombia; los demás generales habrán mandado y estarán mandando ejércitos desprovistos, yo también los he mandado desnudos; y creo que ningunos soldados han padecido tanto como los de Venezuela, porque habiendo estado constantemente en guerra, el país está destruido y no hay ningunos recursos. Si yo he expuesto a V. esto con algún calor, ha sido sólo con el deseo de que se alivien sus privaciones, sin que por esto deje de hacer, como lo continuaré haciendo, cuanto esté de mi parte tanto para contentarlos extraordinariamente, como para consolarlos y aliviarles sus fatigas.

Me encarga V. mucho que haga por la patria el sacrificio de mi persona, de mis bienes, de mis derechos, y de mis sentimientos; y yo no sé si es efecto del *carácter raro de los Venezolanos* o de la ingenuidad que me es peculiar, cuanto voy a decirle. Yo no he hecho ningún sacrificio por mi patria, y la patria ha hecho mil sacrificios por mí; *yo he sido uno de los altos representantes acostumbrados a obrar por sí:* yo fui colocado en este alto puesto por las circunstancias, y dejé de estarlo por mi propia voluntad: el último día de mi mando absoluto fue el primero de mi verdadero contento: desde entonces yo he sido lo que han querido los jefes que han mandado, y la conciencia no me remuerde que haya faltado jamás a la obediencia: yo me contemplo uno de los seres más felices en la revolución: si alguno llegó a creer que era insubordinado, mis obras lo desmienten; a pocos hombres se les presentó ocasión más brillante de testificar al mundo lo que ellos son:

en todo el tiempo de mi mando no hice una sola cosa que dé muestras ni aparentes de ambición: yo mandé un cuerpo considerable de hombres sin más leyes que mi voluntad, yo grabé moneda e hice todo aquello que un señor absoluto puede hacer en sus Estados, y no se encontrarán marcas de que hubiese deseado ni aun perturbar mi nombre. En vano, pues, sería que yo gastase el tiempo en repetirme mis deseos por el orden y la tranquilidad: yo he llegado al grado de general en jefe y miro este título como una esposa mira las galas y joyas que se pone el día de su matrimonio; ocupada en negocios de mayor importancia apenas se acuerda de ellas sino para complacer a su marido; así yo apenas me acuerdo del grado de general sino para ser más útil a mi patria; porque mi cabeza está llena del deseo de destruir a mis enemigos: si mañana fuesen expulsados del territorio, mi sola ambición sería gobernar y aumentar las propiedades que la patria me ha dado: entraría muy gustoso en el rango de un ciudadano, aun cuando ésta no fuese la suerte de los gobiernos representativos: descender del mando porque la ley lo obliga, es para quien manda con amor, pero yo lo dejaría por carácter y por mi tranquilidad: la patria me ha llenado de honores; ha recompensado superabundantemente los esfuerzos que hice por mi propia defensa y por la independencia: yo dejo a talentos superiores que establezcan la libertad civil y el orden: yo estoy pronto a obrar siempre como un soldado donde quiera que me manden: mientras menos independencia tenga en el mando, tanto más contento vivo: mientras fui absoluto, triunfé de los enemigos: he concluido esta carrera con gloria, y si ahora pudiera retirarme con la reputación y concepto que tengo, sería un mortal dichoso: yo no puedo ganar más en el concepto de mis conciudadanos, y temo mucho perder lo que he adquirido: el honor y el deseo de pagar a mi patria lo que le debo, me mantienen en el mando: haré todo lo posible por no desmerecer su confianza y por acreditar a todos mi constancia, mi obediencia y mi gratitud.

Dispense V., mi querido amigo, esta larga carta que es efecto del deseo que tengo de borrar cualquier impresión poco favorable que haya hecho en V., la mía del 15 de Enero a que me refiero: recíbala como una prueba del aprecio que le tengo, porque no quiero que los amigos que estimo piensen mal de mí con injusticia: escríbame V. siempre con franqueza, yo se lo agradezco mucho: si soy culpable, creo que tengo docilidad bastante para corregirme, y si no lo soy, tendré ocasión de quitar las impresiones que acaso la ligereza de la pluma pue-

da infundirle: yo he sido muy largo para con un hombre que tiene tanto que hacer como V.; arréglenos V. el país y es tiempo ya que deje V. este papel para entregarse al despacho de los grandes negocios de la República. Créame sinceramente su amigo, y no tenga tan ocioso a quien desea acreditarle que tiene el honor de ser su atento seguro servidor y amigo.

JOSÉ A. PÁEZ

CAPITULO XV

Sitio de Puerto Cabello.— Intimación a Calzada.— Su respuesta.— Me resuelvo a tomar la plaza por asalto.— Peligrosa operación.— Rendición de la plaza y el castillo.— Pérdidas de los Realistas y patriotas.— Artículos de la capitulación

1823

Estando en la Guaira reuniendo aprestos y materiales para el sitio que iba a poner a Puerto Cabello, escribí el 17 de setiembre muy secretamente al jefe de la plaza, Don Sebastián de la Calzada, excitándole a deponer las armas para evitar una inútil efusión de sangre, y ofreciéndole veinte y cinco mil pesos para los gastos que pudiera ocasionar su salida de la plaza. También escribí al español Don Jacinto Iztueta, sujeto que yo sabía no se hallaba muy a gusto entre los realistas. Escogiendo para llevar estas cartas dos presidiarios sin quitarles los grillos los embarqué conmigo en la corbeta *Urica*, y desde Ocumare los despaché en un cayuco para Puerto Cabello, encargándoles se presentasen al jefe español como escapados de las prisiones de la Guaira. No tardó mucho Calzada en enviarme la respuesta, también secretamente, manifestándome que su honor y responsabilidad militar no le permitían dar el paso que yo le proponía, y terminaba diciendo que tenía la resolución de defender la plaza cuya guarnición mandaba, hasta el último extremo.

Pasé entonces a establecer el sitio, viendo que era imposible vencer de otro modo la denodada obstinación del enemigo.*

* Tuve en una ocasión que ausentarme temporalmente para ir a Valencia a pedir provisiones de boca, de cuyo elemento estábamos bastante escasos. Los habitantes de la ciudad, entonces como siempre tan generosos con la patria y conmigo, me dieron no sólo las provisiones necesarias, sino todo cuanto pudiera servir para regalo de las tropas durante las fatigas del sitio.

Valencia: XX, 14, 17, 53, 68, 92, 146, 147, 188, 189, 197, 198, 199, 200, 201, 203, 209, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 275, 282, 283, 284, 286, 287, 289, 290, 291, 292, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 306, 307, 319, 324, 328, 329, 330, 332, 333, 364, 370, 371, 373, 376, 382, 389, 403, 414, 416, 424, 440, 458, 459, 460, 497, 498, 500, 501, 502, 508

Valero, Ramón: 98, 114, 167

Vargas, Domingo Antonio: 96

Vásquez, Genaro: 60, 70, 74, 75, 76, 99, 100, 101, 137, 146, 186

Vásquez, Miguel Antonio: 79, 84, 117, 154, 184

Vargas, Vicente: 167

Vela, La (Coro): 200

Velásquez, Félix: 324

Venezuela: XIII, XX, XXI, XXII, XXVIII, 3, 12, 13, 14, 15, 19, 22, 23, 24, 53, 54, 55, 57, 68, 84, 86, 87, 88, 91, 92, 93, 109, 110, 124, 129, 130, 155, 157, 177, 180, 190, 197, 205, 206, 245, 246, 248, 249, 250, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 259, 260, 261, 262, 264, 266, 270, 271, 272, 273, 275, 279, 280, 284, 285, 286, 287, 288, 291, 292, 293, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 306, 307, 311, 312, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 325, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 337, 342, 343, 345, 360, 362, 363, 365, 368, 370, 371, 372, 383, 384, 386, 387, 388, 390, 391, 393, 395, 401, 403, 405, 406, 409, 416, 418, 433, 436, 440, 442, 444, 449, 454, 455, 458, 459, 460, 461, 463, 468, 469, 471, 472, 473, 474, 487, 488, 490, 491, 492, 494, 496, 498, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 506, 507, 508, 510, 511, 513, 515, 517

Vergara, Estanislao: 311

Vergara, N. (clérigo): 95, 100

Viana, Claudio: 505

Victoria, La (ciudad): 145, 285, 334, 364, 508

Vicuña, Francisco R.: 423

Vidosa, Rafael: 283, 284, 285, 292, 294

Vieites, Hipólito: 423

Vigía, La (lugar): 200

Vigirima (lugar): 189

Villamediana, Francisco: 98

Villanueva, José Antonio: 283

Villarreal, Francisco: 362

Villasana, Mateo: 153, 167

Villasmil, Natividad: 203

Villavicencio, Juan: 82

Villegas, Francisco: 168

Vives, Dionisio: 352

Viscaya (España): 383

Vowell: XV

W

Washington (ciudad): XXIII, XXXI, 222, 226, 227, 234, 239, 439

Washington, Jorge: 259, 344

Waterloo (Bélgica): 186

Wellington (Lord): 91

Wilson, Robert: 153, 222, 223

Windivoel, Gerónimo: 283

Y

Yagual, El (sitio): XVIII, 91, 95, 98, 109, 110, 111, 113, 118, 119, 120, 122, 124, 155, 193

Yáñez, Francisco Javier: 26, 27, 29, 31, 42, 49, 71, 83, 84, 96, 108, 113, 123, 312

Yarza (capitán): 175

Yorktown (Estados Unidos): 187

Yucatán (región): 354

Yupanqui, Dionisio: 422

Z

Zabala, Lorenzo: 359

Zapata, Ramón: 110

Zaragoza (España): 92

Zea, Francisco: 474

Zulia (región): 445, 447

Zulia (Estado): 53, 246

Zumeta, Joaquín Antonio: 312

INDICE GENERAL

PRÓLOGO	XI
INTRODUCCIÓN	XXI
CAPÍTULO I.—Mi nacimiento.—Primeros años de mi juventud.—Encuentro con salteadores.—Muerte de uno de ellos.—Mi huida al hato de la Calzada.—Qué son los hatos.—El negro Manuelote.—En los negocios.—1790-1809	3
CAPÍTULO II.—Situación geográfica de Venezuela.—Población.—Puertos.—Ríos navegables.—Defensa del territorio.—Ocupación del trono de España por José Bonaparte.—Las colonias se deciden a sostener al legítimo monarca.—Juntas.—Movimientos revolucionarios.—Guerra con España	13
CAPÍTULO III.—Me alisto en el ejército patriota.—Me retiro del servicio.—El general español Tiscar me nombra capitán de caballería.—Huyo, y acepto el mismo nombramiento en el ejército patriota.—Combate de Suripá.—Abandono de la tropa.—Entrada en Canaguá.—Viaje a Barinas.—Soy puesto en capilla.—Salgo de la prisión.—Se me prende de nuevo y se me pone en capilla por segunda vez.—“El ejército de las Animas.”—1810-1813	25
CAPÍTULO IV.—Condición de los prisioneros patriotas.—Mi salida de la prisión.—Liberto a los demás presos.—Marcho en busca de Puy.—Llegada a Canaguá.—Sucesos ocurridos en aquel pueblo.—Captura de varios indios.—Marcha a Barinas.—Soy nombrado gobernador y comandante de la provincia.—No acepto.—Me retiro al hato de la Calzada.—Persecución del comandante Marcelino.—Fuga.—1813	39
CAPÍTULO V.—García de Sena me pone a la cabeza de la caballería de su mando.—Perfidia de este jefe.—Mi marcha hacia Mérida.—Amenazas del realista Lizón.—Pido servicio a Paredes.—Encuentro con los realistas en mino de Estanques a Bailadores.—Mi retiro en la ciudad de Mérida.—Me incorporo a las tropas del general Urdaneta.—Mi disgusto por una injusticia que quiso hacerme el comandante Chávez.—Mi plan de apoderarme de los territorios del Apure y atraerme los llaneros.—Paso a Casanare y me uno a Olmedilla.—Encuentro con los realistas.—Derrota de éstos.—Crueldad del comandante Figueredo.—Mi protesta e indignación.—1814	49

- CAPÍTULO VI.—Olmedilla hace matar en mi ausencia a setenta y seis de los prisioneros.—Figueredo se encarga del mando y trata de prenderme.—Desastroso fin de Olmedilla.—Acción de Chire.—Dolencia inevitable en los combates.—Aventuras de una noche en el campo de batalla.—Traje de un militar en campaña.—Sorpresa de Palmarito.—El valiente Peña.—Cómo lo salvé.—Batalla de la Mata de la Miel.—Mi ascenso a teniente coronel.—Motín militar en favor mío.—Lo desbarato.—1815 59
- CAPÍTULO VII.—Ocupación del pueblo del Mantecal por Vásquez.—El presbítero coronel Torrellas.—López resuelve atacarme.—Me apercibo para la defensiva.—Tomo la ofensiva contra los españoles.—Contrariedades de la campaña de Apure.—El valiente capitán Antolín Mugica.—Su desastroso fin.—Paso a la parroquia de Arichuna.—Movimientos del ejército realista al mando de Latorre. Comisiones que me da el jefe del ejército, coronel Francisco de P. Santander.—A mi vuelta soy nombrado jefe supremo en lugar de éste.—Estado del ejército que tenía a mis órdenes.—1816.... 79
- CAPÍTULO VIII.—Expedición de Morillo.—Estado de Venezuela y Nueva Granada a su llegada.—Sitio y ocupación de Cartagena.—Crueldades de Morillo.—Sistema de guerra adoptado por los patriotas.—Organización del ejército.—Emigración.—Encuentro en "Los Cocos."—Acción del Yagual.—Entrevista con el realista López.—Toma de Nutrias.—Suceso en la boca de Masparro.—Sorpresa a unas lanchas nuestras en la boca de la Portuguesa.—Acciones en el Palital y Rabanal.—Marcha a Achaguas.—Terror de algunos patriotas al saber los movimientos de Morillo.—Defensa del ejército de Apure.—Corrección de algunos errores de Baralt.—1815-1816. 91
- CAPÍTULO IX.—Me reúno con Nonato Pérez.—Acción de Mucuritas.—Derrota del general Latorre.—Operaciones sobre Barinas y Casanare.—Sorpresa dada a los realistas en Chire.—Disensiones en Casanare.—Continúo mis operaciones sobre Barinas.—"Arrojo asombroso" de Iribarren en Banco Largo.—Batallón "Bravo de Páez."—Derrota del comandante realista Perera.—Mi campamento en el Yugal.—Heroicos hechos de Vicente Peña y de Aramendi.—Nos hacemos en Barinas de los elementos que necesitábamos.—Vuelta al Yugal.—Arribo de los comisionados mandados por el Libertador.—Mi reconocimiento de su autoridad como jefe supremo.—Apresamiento de las lanchas enemigas en la Boca del Coplé por nuestra caballería.—1817-1818 113
- CAPÍTULO X.—Marcha sobre Calabozo.—Me apodero del ganado que el enemigo tenía en la orilla de esta ciudad.—Morillo sale con su estado mayor a cerciorarse de la proximidad de nuestro ejército.—Carga que le dimos y peligro que corrió el general expedicionario.—Derrota de trescientos húsares europeos.—Plan de Bolívar.—Mi oponión sobre dicho plan.—Respuesta a los cargos de insubordinación que me ha hecho Restrepo.—El plan de campaña que propuse al Libertador.—Voy a tomar la plaza de San Fernando.—Encuentros en el caño de Biruaca, en el Negro y en la Enea.—Reunión de las fuerzas del coronel López con las del general Latorre.—

- Bolívar se reúne de nuevo conmigo.—Persecución de Latorre.—Combate en Ortiz.—Muerte de Genaro Vásquez.—Mi marcha contra López.—El Libertador se salva milagrosamente en el Rincón de los Toros.—Movimiento de Latorre.—Acción de Cogedes.—Marcho a San Fernando.—Vuelta a Achaguas.—Las tropas de San Fernando me nombran general en jefe.—Defensa del ejército de Apure.—1818 137
- CAPÍTULO XI.—Regreso de Bolívar a Angostura.—Morillo se presenta delante de San Fernando.—Heroico patriotismo de los habitantes de esta ciudad.—Incidente curioso de mi campaña contra Morillo.—Varios encuentros de las fuerzas de mi mando con las de los realistas.—Mi opinión sobre el plan de operaciones que debíamos adoptar contra Morillo.—Gloriosa victoria en las Queseras del Medio.—Fuga de los realistas.—Proclama de Bolívar a los Bravos de Apure.—Lista de los héroes de las Queseras del Medio.—1819 157
- CAPÍTULO XII.—Persecución a Morillo.— Encuentro en la "Sacra Familia".—Marcho contra Morales.—La emboscada en Caramacate.—Bolívar se reúne conmigo en Achaguas.—Marcha a Barinas.—Bolívar me ordena marchar a Guasqualito para prender a Nonato Pérez.—Mi opinión de marchar a la Nueva Granada en vez de ir sobre Barinas.—El Libertador me escribe a Guasqualito.—Se reúne conmigo en este punto.—Marcha a la Nueva Granada y yo quedo obrando en el Apure.—Acción de la Cruz.—Heroica defensa de los españoles.—Penalidades sufridas en la marcha a Achaguas.—Apresamiento de once embarcaciones realistas.—Ocupación de las fuerzas de mi mando en el Apure el año 20.—Morillo envía comisionados a los generales patriotas.—Entrevista de Morillo y Bolívar en Santa Ana.—Armisticio.—Mi opinión sobre la suspensión de las hostilidades.—Morillo se embarca para España.—Juicio sobre las campañas de Morillo.—1819-1820 169
- CAPÍTULO XIII.—Fin del armisticio.—Mi penosa marcha a Guanare para reunirme al Libertador.—El general Latorre envía a éste un parlamento.—Latorre deseoso de saber si yo me había reunido con Bolívar.—Contramarcha a Carabobo.—Gloriosa jornada en el llano de este nombre.—Documentos oficiales.—1821 183
- CAPÍTULO XIV.—Mi regreso a Valencia.— El Libertador marcha para la Nueva Granada.—Soy nombrado comandante de uno de los distritos militares en que dejó dividida a Venezuela.—Operaciones de mis fuerzas contra algunos jefes realistas.—Morales sale de Puerto Cabello, desembarca en algunos puntos de la costa y al fin se ve obligado a volver a aquel puerto.—Los realistas salen de Puerto Cabello sobre Valencia.—Destrucción de un destacamento realista en Patanemo.—Pongo sitio a Puerto Cabello.—Las enfermedades me obligan a levantarlo.—El general Calzada toma el mando de la plaza.—1821-1822 197

CAPÍTULO XV.—Sitio de Puerto Cabello.—Intimación a Calzada.—Su respuesta.—Me resuelvo a tomar la plaza por asalto.—Peligrosa operación.—Rendición de la plaza y el castillo.—Pérdidas de los realistas y patriotas.—Artículos de la capitulación.—1823	209
CAPÍTULO XVI.—Esfuerzos de los patriotas por conseguir auxilios de las potencias europeas y de los Estados Unidos.—Simpatía del pueblo inglés y del americano por la causa de la independencia sur-americana.—Reconocimiento de Colombia.—Breves consideraciones sobre la Doctrina de Monroe.—Congreso de Panamá.—1822	221
CAPÍTULO XVII.—Marcha triunfal de Puerto Cabello a Caracas.—El Congreso decreta una leva de cincuenta mil hombres.—Movimiento revolucionario en Petare.—Pretensiones del capitán Dupotet, de la marina francesa.—Mi respuesta.—Mi proclama derogando el bando de Asamblea.—1824-1825	245
CAPÍTULO XVIII.—Acusación ante el senado de Colombia.—Aparente duplicidad del general Santander.—La época más funesta de mi vida pública.—Pronunciamiento de las municipalidades de Venezuela.—Los pueblos ansiosos de reformas.—Asamblea en el convento de San Francisco de Caracas.—Mi carta y oficio al Libertador explicándole mi conducta.—1826 ..	259
CAPÍTULO XIX.—Llegada del Libertador a Venezuela.—Nuestra cordial entrevista.—Decretos y proclamas.—Entrada triunfal en Caracas.—Obsequio al Libertador en esta capital.—Vuelta del Libertador a Bogotá.—Consejos que me dio antes de separarnos.—1827	327
CAPÍTULO XX.—Cuba	339
CAPÍTULO XXI.—Conspiraciones realistas.—Coronado y los Castillos.—Conspiración en Barinas.—Motín en Angostura.—Persecución de las partidas rebeldes y su exterminio.—Oficio al Libertador.—1827-1828	365
CAPÍTULO XXII.—Persecución de varias partidas realistas.—Llegada del teniente coronel español Arizábalo para ponerse al frente de ellas.—Su persecución por las tropas de mi mando.—Capitulación de Arizábalo.—Instrucciones que el general Latorre le había dado.—1827-28-29	383
CAPÍTULO XXIII.—Estado de Colombia al convocarse la Convención de Ocaña.—El partido militar.—El general Padilla.—Instalación de la Convención.—Mi comunicación a los representantes del pueblo de Ocaña.—Mi opinión sobre los primeros trabajos de la Convención.—Disolución de la Convención.—Bolívar dictador.—Reconozco al Libertador como jefe supremo.—Proclamas.—Conspiración del 25 de setiembre.—Mi carta al Libertador.—Mis medidas en Venezuela.—1828	401
CAPÍTULO XXIV.—Proyectos para establecer una monarquía constitucional en Colombia.—Injustos cargos contra mí.—Documentos inéditos.—Mis opiniones sobre forma de gobierno.—1829	421

CAPÍTULO XXV.—Situación interior de Colombia.—Manifiesto a los colombianos del Norte.—1829	467
CAPÍTULO XXVI.—Dificultades de mi posición en Venezuela.—Insurrección del general Córdova.—Carta que me escribió, invitándome a tomar parte en ella.—Llegada a Venezuela del general Santander en calidad de preso.—Mi correspondencia con él en aquellas circunstancias.—Juicio sobre el general Santander.—Dificultades con que yo había de luchar si el Libertador abandonaba a Colombia.—Su circular de 14 de octubre a los departamentos de Colombia.—Sus consecuencias.—Junta de ciudadanos en el convento de San Francisco, en Caracas.—Mi comunicación al Ministro del Interior.—Mi defensa del Libertador.—Carta al Libertador.—Convoco una junta en el Coliseo de Caracas.—Exposición del pueblo de Caracas al Libertador.—Carta del general Soublette al general Urdaneta.—Respuesta a algunos cargos que me hace Restrepo.—1829	487
INDICES	519

AUTOBIOGRAFIA DEL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ

Entre 1867 y 1869 es publicada en Nueva York, en dos volúmenes, la Autobiografía de José Antonio Páez, en la imprenta de Mallet y Breen. Desde el inicio de su vida tipográfica, esta obra ha producido notable atracción no sólo en los historiadores, por razones obvias, sino también en los lectores comunes, puesto que en ella se reconstruye toda esa apasionante aventura que fue la guerra de liberación de buena parte de la América del Sur. Y ese testimonio de primera mano, ya que surge de uno de sus más importantes actores, contribuye a una más directa y clara comprensión del fenómeno político que involucró esa gesta liberadora.

José Antonio Páez quizás es, después de Bolívar, la figura más notable del proceso histórico de la Independencia. Contribuye a ello no sólo su participación en la contienda como el guerrero que pudo incorporar decidida fuerza llanera a las filas patriotas sino también el hecho de convertirse, como Presidente de la República de Venezuela al suscitarse el desmembramiento de la Gran Colombia, en el dirigente político y el estadista civilista del nuevo Estado. Esa asombrosa transformación de jefe militar a líder político y administrativo corre parejo en Páez en su evolución de hombre rudo y de poca instrucción a hombre culto y sensible, capaz de librar en la Presidencia las batallas civilistas de un experimentado conductor de una Nación en proceso formativo. He allí la dimensión existencial de Páez, dimensión difícilmente equiparable en el devenir histórico de América.